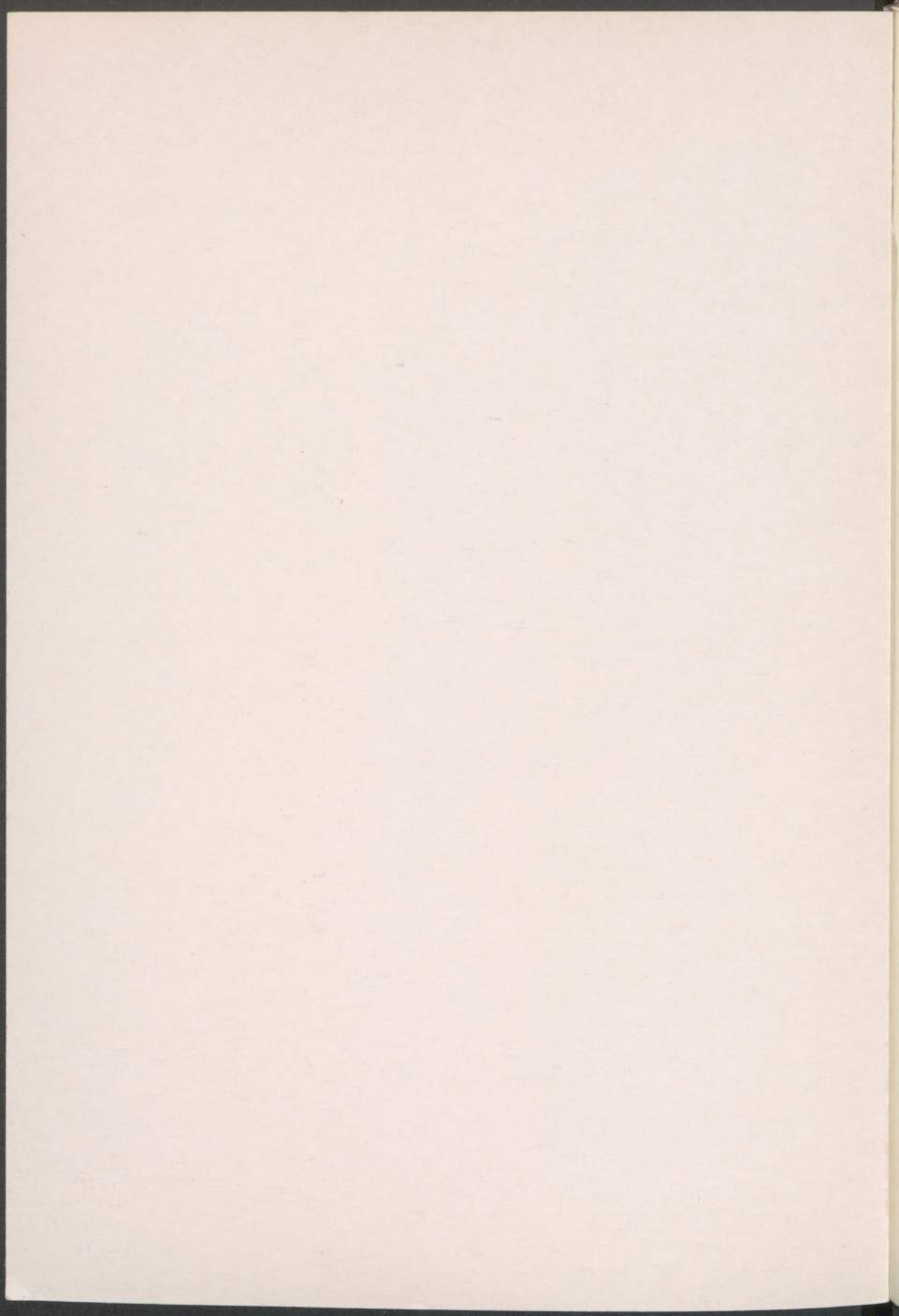




el espejo

Boletín de la Asociación de Escritores Extremeños





Presentación

EL ESPEJO es una revista semestral de la Asociación de Escritores Extremeños, que con el patrocinio de la Consejería de Cultura y Patrimonio de la Junta de Extremadura, nace con vocación de ser fiel reflejo de las actividades generadas por sus asociados, que ya sobrepasan los ciento sesenta.

La revista, coordinada por Elías Moro, Plácido Ramírez y Antonio Gómez, pretende dar cabida a cuantos originales de interés, inéditos en la medida de lo posible: poesía, prosa, notas críticas, lleguen a manos de sus coordinadores. *El espejo* quiere ser un espacio de libertad, en donde la palabra se piense, transforme, circule, se haga necesaria; y quiere ser además un lugar de debate y de creatividad en el que todos nos sintamos protagonistas. Que *El espejo* no se empañe, que no se quiebre, dependerá en buena medida de nosotros. Larga vida, pues, a los que hagan posible esta aventura.

ÁNGEL CAMPOS PÁMPANO
Presidente de la AEEEx

Edita

Asociación de Escritores Extremeños

Junta Directiva

PRESIDENTE: Ángel Campos Pámpano.

VICEPRESIDENTE: Álvaro Valverde Berrocoso.

SECRETARIO: Miguel Ángel Lama Hernández .

TESORERA: Carmen Araya Iglesias.

VOCALES: Antonio Gómez García,

Elías Moro Cuéllar, Luciano Fera Hurtado, Carlos Medrano Hernández,

José Miguel Santiago Castelo, Manuel Pecellín Lancharro,

Jesús García Calderón.

PRESIDENTES HONORARIOS: Jesús Delgado Valhondo,

Bernardo Víctor Carande

Consejo de Redacción

ANTONIO GÓMEZ GARCÍA

ELÍAS MORO CUÉLLAR

PLÁCIDO RAMÍREZ CARRILLO

Maquetación y Diseño

GERMÁN GRAU LOBATO

Patrocina

CONSEJERÍA DE CULTURA Y PATRIMONIO
DE LA JUNTA DE EXTREMADURA


Imprime

INDUGRAFIC, ARTES GRÁFICAS, S.L.


Dep. Legal

BA-104-1996


Badajoz, marzo 1995

 **narrativa**

5	<i>LA SINGER</i>
	Manuel Vicente González
8	<i>EL DESCONOCIDO</i>
	Justo Vila
18	<i>CARTA DE AMOR Y DE NOSTALGIA</i>
	Plácido Ramírez
19	<i>DIARIO ÍNTIMO DE LA DECADENCIA</i>
	José Luis Mosquera Müller
23	<i>LOS SUICIDIOS</i>
	Francisco Bautista Gutiérrez

 **poesía**

26	<i>POEMA</i>
	Jesús García Calderón
27	<i>A MODO DE BIENAVENTURANZA</i>
	Antonio Román Díez García
28	<i>UNA CIUDAD DE PASO</i>
	Trinidad Ródenas Alcón
29	<i>UN DÍA</i>
	Antonia Cerrato Martín-Romo
30	<i>SONETOS A LOS POETAS MAL LLAMADOS LOCOS</i>
	Cosme López
31 - 32	<i>JUAN RAMÓN</i>
	Juan María Robles Febré
33 - 34	<i>POEMAS</i>
	Ada Salas

 **encarte:** Vidal Á. Garrido Reguero

<i>PRESENTACIÓN</i>	2
Elías Moro Cuéllar	
<i>CATULO</i>	3
Vidal Ángel Garrido Reguero	
<i>LA MUERTE LIBREMENTE ELEGIDA</i>	5
Vidal Ángel Garrido Reguero	

 **crítica**

35	<i>ACERCA DE LA POESÍA DE ANTONIO ORIHUELA</i>
	Ramón Pérez Parejo

40	<i>HISTORIAS DE MELÉNDEZ</i>
	Bernardo Víctor Carande
42	<i>EL GUARDARROPA DEL TIEMPO</i>
	Alonso Guerrero
45	<i>EL CERCO OBLICUO, UN PASEO POR EL LABERINTO</i>
	Hilario Jesús Rodríguez Gil
48	<i>JESÚS DELGADO VALHONDO EN MÉRIDA</i>
	Antonio Salguero Carvajal



ecos

Elías Moro / Plácido Ramírez

51	<i>PREMIOS</i>
52	<i>LIBROS</i>
54	<i>REVISTAS</i>
57	<i>ACTIVIDADES DE LA AEEX</i>

LA SINGER

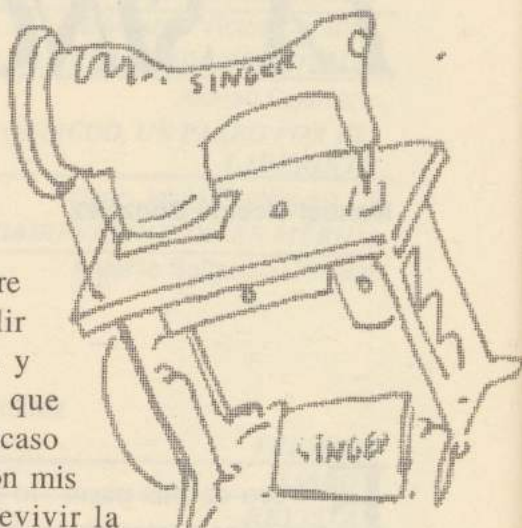
Manuel Vicente González

A Petra Frontón

El eco de mis pasos -lo mismo que cuando era niña y recorría la casa con los ojos cerrados- parecía guiarme a través del pasillo, y también ahora, igual que entonces, el olor de las madre selvas me decía que estaba acercándome al límite que separaba la huerta de la vivienda. He llegado a mi habitación y me he dirigido -despreciando el aluvión de recuerdos que, provenientes de cada una de las estancias, me acosaban los sentidos- hacia el rincón en el que la Singer reposaba, altiva. Habían cortado la electricidad, y cuando he dirigido el haz de luz de mi linterna sobre ella refulgió en la oscuridad con vida propia, como si aquella inesperada claridad la despertase de un sueño centenario. Aún entonces me convencí de lo que representaba para mí aquella reluciente máquina de coser.

La había adquirido mi madre a principios de siglo, y siempre la tratamos como a uno más de la familia, sobre todo durante la guerra civil, el día que tuvimos que abandonar el pueblo a causa de la llegada de los "nacionales": yo misma ayudé a mis hermanos a cargarla en el carro, junto a los colchones, y cuando, a medio camino, hubimos de bajar apresurados a escondernos en las zanjas, atemorizados por el zumbido de los obuses, compartí abrazada a ella el frío y el miedo en aquellas noches invernales. Luego, al finalizar la guerra, regresamos de nuevo a casa y siempre, que yo recuerde, ocupó este rincón desde donde ahora me dedica sus destellos de ternura, el resplandor de esta especie de tatuaje barroco que recorre su espalda y que brilla en la noche como la mirada de un animal herido. Comprendo que le de miedo mi presencia y que por un momento me ofrezca su aspecto más fiero, las fauces de su rueda desgastada, pero yo, que ya no temo a nada, ni siquiera a la muerte, que lo único que me sobrecoge a veces es la indefensión que me produce la soledad,

me he acercado a ella y con la yema de los dedos he recorrido todo su cuerpo de arriba abajo, deteniéndome en lo que siempre reconocí como su punto más débil: la zona pulida y brillante que va de su vientre a su cuello y que culmina en la cabeza, allí donde está incrustada la aguja.

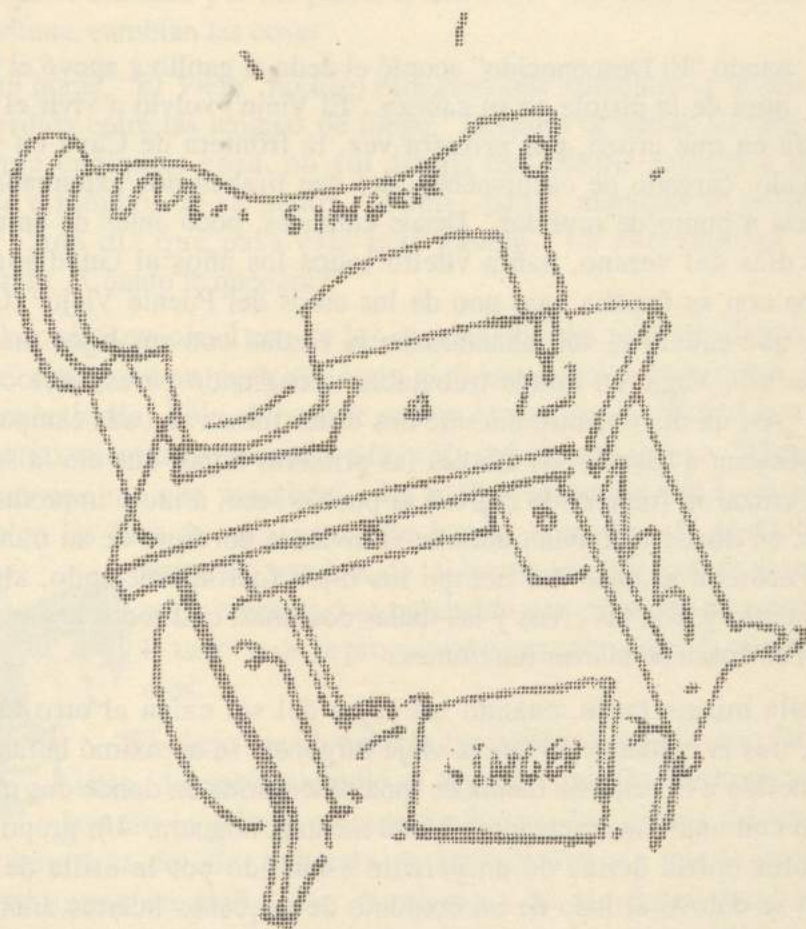


Abrazada así a ella, he situado el pie sobre el pedal y de su boca han empezado a salir palabras extrañas, tanto más simétricas y rítmicas cuanto mayor era la rapidez con que accionaba el mecanismo. Logré entender acaso que deseaba salir de allí, como si, al hilo con mis pensamientos, soñase ella con volver a revivir la aventura de hace sesenta años. El tiempo nos ha tratado a las dos por igual, pero a mí casi me duele en mayor medida su decadencia: su piel de caoba se ha poblado de manchas negruzcas, y todas sus articulaciones chirrían cuando intento poner a prueba su funcionamiento; es un lamento que yo interpreto como la declaración de su última voluntad, precisamente porque me lo pide así de sumisa y convincente. Desea irse conmigo, salir de aquel encierro y descubrir si aún puede convertir en realidad todos los sueños almacenados en su memoria, saber si existe el sol, la música, el aire, las voces, si mis manos enebren con la misma habilidad de antaño los hilos ocultos en su cajón. Me lo cuenta con tal vehemencia que me convence al momento, así que no dudo en despejar el camino apartando del pasillo todos los objetos que puedan entorpecer su marcha, y comienzo a empujarla suavemente hacia el exterior.

En el momento de cerrar tras de mí la puerta, al verse libre durante un instante, se deja ir, calle abajo, como un niño inquieto que se zafa del cuidado de sus padres, y a pesar de que la llamo a gritos y la prevengo sobre las consecuencias de su irresponsable actitud, la Singer vuela sobre el asfalto. Deduzco, por su indiferencia, que la luna llena que reposa en el horizonte la reclama con más energía que yo, incluso llego a pensar si no se burlará de mí al ofrecerme los destellos dorados del repujado metálico con que se adorna, pero no me importa, lo que de verdad me angustia es su vertiginosa huida, recordar que la curva hacia donde se dispara esconde la trampa de un mortal precipicio.

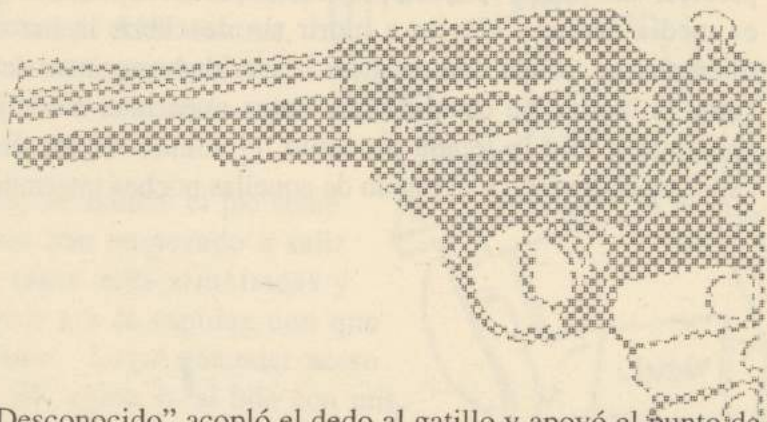
Cuando, desfallecida a causa de la larga persecución, consigo descubrirla entre la maleza -tras seguir el rastro dejado por las telas y las bobinas que

guardaba en su cajón-, repongo cuanto puedo su desvencijada figura y escucho de sus labios una especie de despedida, ahogada en un balbuceo. La aguja picotea, una y otra vez, con parsimonia, la mesa sobre la que asienta su tronco, es media noche y ella va a morir sin descubrir la luz del día, eso me dice mientras me señala con desgana la claridad engañosa de la luna. Me tumbo sobre la hierba; he decidido que no es mala idea morir junto a ella, recordar abrazado a ella la lejana juventud, el sonido de los obuses sobre nuestras cabezas, la desazón y el miedo de aquellas noches interminables.



EL DESCONOCIDO

JUSTO VILA



Cuando "El Desconocido" acopló el dedo al gatillo y apoyó el punto de mira de la pistola en su cabeza, "El Viejo" volvió a vivir el cálido y lejano día en que cruzó, por primera vez, la frontera de Caya en un carro destartalado, cargado de cachivaches, del que tiraban dos extenuadas mulas alentejanas a punto de reventar. Desde entonces, poco antes de empezar los tórridos días del verano, había vuelto todos los años al Guadiana, donde acampaba con su familia bajo uno de los arcos del Puente Viejo. Cada día, antes de que saliera el sol, abandonaba la ciudad con sus hijos mayores en dirección a la Vega, en donde trabajaban recogiendo peras, melocotones y tomates. Así un día tras otro durante dos o tres meses en cada campaña, hasta que empezaban a caer de los árboles las primeras hojas, que era la señal para volver a cruzar la frontera de regreso al pueblo seco, árido e improductivo del Alentejo, en donde malvivían durante el invierno del fruto de su trabajo en la Vega. Pero con el paso del tiempo los hijos fueron creciendo, algunos se habían casado y, con las crisis y las malas cosechas, casi todos abandonaron la cuadrilla en busca de nuevos horizontes.

Aquella misma tarde, cuando las cejas del sol caían al otro lado de la frontera, tras la colina de Elvas, la vieja furgoneta se aproximó bufando como un toro herido a la pequeña tienda de lona descolorida en donde dos mujeres se afanaban con unas cacerolas junto a una menuda hoguera. Un grupo de niños harapientos corría detrás de un perrillo escuálido por la orilla del río. El vehículo se detuvo al lado de un conjunto de pequeños huertos arañados a la ribera y de él bajaron dos hombres carifracados, taciturnos, que lentamente dirigieron sus pasos hacia la pálida tienda, derrotados, como si acabaran de escapar de una desigual batalla. El más viejo, la mirada perdida en el suelo,

parecía una sombra del hombre que había sido. “Hemos pasao tiempos peores”, dijo el más joven de los dos, con triste y cansada voz, intentando dar ánimos a su padre. “Las faenas del campo están mal. Pero ya verá usted como las cosas cambian. Mañana será otro día”. “El Viejo” se sentó en un taburete junto al fuego, se agachó sobre las brasas, que removió con un atizador y luego arrió las manos extendidas a las llamas buscando calor. “Ya teníamos que haber vuelto a casa”, dijo en un soplo de voz. “Todos los años, por esta época, estábamos en casa. No sé qué está pasando, que ni la fruta, ni el tomate ni la vendimia ... Nada nos sale bien últimamente. Naide contrata a un viejo jornalero ... Uno ya no es más que un estorbo pa tos vosotros”, se lamentó el anciano. “No diga usted eso, padre ...”, dijo el más joven de los dos hombres, con el corazón astillado por las palabras del viejo. “Ya verá usted como ahora, con la aceituna, cambian las cosas”.

Durante horas, “El Viejo” no hizo otra cosa que alimentar la lumbre con la mirada perdida entre las lenguas de fuego. Después de cenar, su hijo se alejó pretextando cualquier cosa, no sin dirigir una última mirada a la figura encorvada e inmóvil de su padre. “Pobre -pensó mientras se perdía en la noche-. Cada día que pasa está más gastao. La enfermedad lo está consumiendo. ¿Cuánto le quedará?”

Poco después, tras oír el eco de las campanadas del reloj de alguna iglesia, “El Viejo” abandonó su posición junto al fuego y fue a comprobar si todos dormían en la tienda. Sólo el lugar de su hijo estaba vacío. “Habrá ío a dar una vuelta”, pensó mientras se acercaba a la orilla del río para orinar. “Mejó, así no hay cuidao que me vea marchar”. La niebla avanzaba desde el agua, se enroscaba en las filas de eucaliptos y se hundía hasta lo más profundo de la retina del hombre, de tal forma que éste, por un instante, no pudo precisar si se trataba de una nubecilla en contacto con la tierra o de la propia nube que manchaba la córnea de sus ojos.

“El Viejo” se abrochó la bragueta y miró el reloj: las once y siete. Luego contempló el agua que corría monótona y mansa, levantó la cabeza e intentó adivinar los juncos de la margen izquierda del río, cubierta ya completamente por la bruma. A continuación giró sobre sí mismo y se alejó del campamento. Lentamente subió la cuesta hasta llegar al puente, con las manos dentro de los bolsillos del pantalón, el cuello de la chaqueta encaramado en torno al canal de su garganta, el ala del viejo sombrero



portugués hundida hasta las cejas.

Ocupó casi quince minutos en cruzar el puente, la mirada baja, enterrada en la punta de los zapatos, que parecían moverse mecánicamente. Sólo una vez levantó los ojos del asfalto, hacia la mitad del puente. Se acercó a la baranda y examinó la ribera, para sentir el calor, quizás el último, del sueño de su familia. Pero no vio la casa de lona, hundida al lado de la mancha negra del río, sumergido en la niebla. "Menos mal que "La Bicha" no sha despertao todavía", pensó para fortalecer el ánimo. A la enfermedad que apuraba su vida la llamaba "La Bicha", harto de intentar pronunciar correctamente el nombre impopular que de la misma le habían dado en Evora el día que la descubrieron agazapada en los bajos de su pulmón izquierdo. "Con un poco de suerte, igual sigue dormía toa la noche".

En Puerta de Palmas un semáforo extravagante se emperraba en ordenar un tráfico inexistente a aquella hora, ajeno al aire húmedo y negro de la noche. El anuncio luminoso de un hotel escribía reclamos que al viejo se le antojaron burlones, pues nunca había pisado en la ciudad más albergue ni había tenido sobre su cabeza más protección que la gastada lona en el campamento del río Guadiana.

El final de su camino, y quizás de su propia vida, estaba situado en una devastada ermita, construida en el antiguo recinto del Alcázar árabe. Le habían dicho que recorriera el sector poniente de la muralla y que en alguna de sus entradas alguien lo estaría esperando.

Sobre las aceras de las empinadas callejas los coches parecían dormidos. Cuando por fin se encontró con la Puerta de los Carros, "El Viejo" se pegó al muro de la fortaleza y, muy despacio, siguió su camino, con los cinco sentidos en guardia, ya mirando a un lado, ya al otro de la calle, receloso, guiado por faroles aislados y siniestros que iluminaban vaporosamente, a su derecha, las descuidadas fachadas grises de las casas del arrabal, sórdidos solares y callejones hostiles que se perdían en la niebla.

En pocos minutos dejó atrás, a su izquierda, algunas torres albarranas y las dos puertas del sector, encontrándose en los soportales de la Plaza Alta. Ya dudaba si volver o no sobre sus pasos cuando, al cruzar el arco del Corral de los Toros, descubrió, ante sus ojos, la Torre de Espantaperros, en el ángulo sureste del recinto de la Alcazaba, mágicamente iluminada por dos faroles. La neblina desdibujaba fantasías, pegada a la base octogonal del edificio, incapaz de trepar por sus muros de argamasa.



Durante un instante contempló la torre, unida al recinto amurallado mediante un largo muro almenado. Poco después dió media vuelta y deshizo sus pasos. En la Puerta del Capitel lo esperaba un hombre con una linterna. Sin mediar palabra, pasaron bajo un arco de herradura y, de pronto, se encontraron en una estancia cuadrangular descubierta. Su acompañante tiró de él y, haciendo un giro a la izquierda, cruzaron una segunda puerta árabe, con doble arco, hasta el interior del recinto del Alcázar. Por un camino en rampa, bordeado de zonas ajardinadas, acabaron frente al recinto abandonado de un hospital militar. Luego giraron a la izquierda y se movieron en silencio entre el solitario Palacio de los Duques de Feria y el solar de la Iglesia de San Pedro. Minutos después se hallaban ante la enorme boca de las ruinas de la Ermita del Rosario. Hasta allí, el viejo había avanzado con decisión, pero al detenerse sintió una corriente interna de aire helado en la espalda. Entonces, se llevó la mano derecha al ala del sombrero y la alejó de sus ojos. Aguardó un minuto, temeroso, desconfiando, receloso, hasta que oyó el rumor seco de unos pasos que se acercaban desde el interior de las ruinas. Un haz de luz amarilla nació entonces al fondo de la ermita. El viejo adivinó la figura gruesa de un hombre de breve estatura que se escondía detrás de los destellos. Cuando estuvo junto a la pareja de recién llegados preguntó: "El Portugués". "En carne y hueso", respondió el que acompañaba al viejo. "Creí que sería más joven -dijo el individuo pequeño, con voz perezosa-. "Bueno, no importa. Pasad. Todo está preparado".

"Ojalá que "La Bicha" no me se despierte ahora", pensó el viejo mientras seguía a los desconocidos por un lóbrego pasillo, sórdido, hostil, lleno de suciedad y escombros.



De pronto, tras completar un perfecto ángulo de noventa grados, el angosto pasillo los ubicó en una sala amplísima, con el centro de la misma muy iluminado. Sin duda se trataba de la planta central de la antigua ermita. El viejo contempló entonces con recelo, titubeante, aplastado por las ruedas del carro de la duda, el panorama que se abría ante sus cansados ojos: en el centro de la estancia había una mesa cuadrada y dos sillas, muy iluminadas por potentes y gigantescos focos. Alrededor, una tosca escalinata de madera, ocupada por cuarenta o cincuenta individuos, intentaba imitar el graderío de un pequeño anfiteatro. Por un instante, al entrar el viejo, cesaron los murmullos y todas las miradas se dirigieron hacia él.

Pero, poco después, las discusiones y las polémicas llenaron de nuevo la nave. El hombre grueso y de breve estatura que lo había recibido lo agarró del brazo izquierdo y lo condujo hasta el centro de la sala. "Ahí", dijo señalando una de las dos sillas vacías.

"El Viejo" se sentó y ya no pudo ver nada más. El resplandor translúcido de los potentes focos lo cegó. Entonces puso la mirada en la mesa e intentó que sus ojos se adaptaran al brillo que se reflejaba en la oscura madera. Poco después sintió unos pasos vacilantes y miró al frente. Adivinó, a través de los destellos de luz, la silueta de un desconocido que se sentaba frente a él. No pudo ver su cara, ni su cuerpo, ni sus brazos, sólo advirtió su mano izquierda, que se posaba nerviosa sobre la mesa con un cigarrillo entre los dedos, autónoma, libre de ataduras, como si hubiera huido del cuerpo de su propietario. Parecía tan alterado e inseguro como él mismo. "Debe estar tan acosado como yo por el perro de la necesidad y la miseria", pensó "El Viejo".

En aquel momento, sobre el murmullo de las conversaciones, se alzó potente la voz de "El Juez" para explicar o recordar las reglas del juego que allí se iba a jugar. Mientras lo hacía mostraba al reservado pero vehemente auditorio la pistola y las tres balas que sostenía en sus manos, pero "El Viejo" no oía sus palabras. Aún no podía creer que estuviera allí sentado. Qué edad tendría su adversario -se preguntó -. Por sus gestos parecía mucho más joven que él. Podría tener la edad de su hijo, año más, año menos. A punto estuvo de preguntarle su nombre, pero recordó a tiempo que una de las reglas que le habían explicado dos días antes, cuando se presentó voluntario para aquel juego, prohibía hablar entre sí a los jugadores. Entonces intentó penetrar con la mirada a través del cegador foco que hería directamente la nube de sus ojos, pero sólo pudo entrever la silueta, formidable, casi titánica, de su adversario y el movimiento de su mano izquierda, nerviosa, llevando el cigarrillo a los labios. Incapaz de sostener la mirada en el foco, el viejo movió la vista a izquierda y derecha, en un intento ingenuo de reconocer alguno de los rostros que se escondían en las sombras.

De pronto el seco golpe de la pistola al ser depositada en el centro de la mesa, entre él y "El Desconocido", atrajo su atención. Ni siquiera había reparado en los hábiles movimientos de "El Juez" mientras cargaba tres de las seis recámaras vacías. En alguna de las torres del barrio antiguo de la ciudad sonaron, ausentes, dos campanadas y, entonces, de repente, "El Viejo" sintió que había perdido todas sus fuerzas. La boca se le había secado, le dolía el estómago y sudaba copiosamente. En el silencio de la noche podía oír el



mazazo de los latidos acelerados de su corazón y, por primera vez desde que había llegado al lóbrego lugar, sintió deseos de abandonar. "Al diablo!", se dijo, pero inmediatamente recapacitó: "Qué van a pensar de mí? ¡Maldita sea ... ! ¿Se habrán dao cuenta que me sudan las manos? ¿Tendrá ése tanto miedo como yo"? De nuevo miró al frente, intentando adivinar el rostro de su adversario, pero, una vez más, sólo llegó a entrever la silueta de "El Desconocido", su mano derecha sobre la mesa y el cigarrillo en la izquierda, yendo y viniendo del cenicero a los labios nerviosamente.

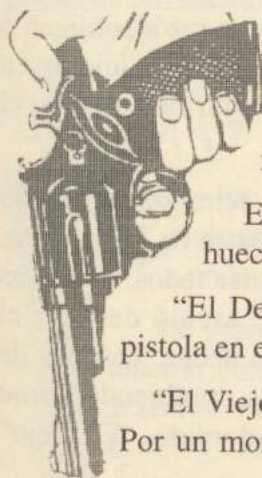
En aquel momento, "El Juez", después de gritar que se habían cerrado las apuestas, volvió a coger la pistola con mano firme y dio un golpe seco al tambor que giró suavemente sobre sí mismo. "El Viejo" repitió mentalmente: "Hay seis cámaras en el cilindro. Tres de ellas están ocupás. Tres están libres. Cincuenta por ciento. Es como tirá una monea al aire y pedí cara. Ahora, a esperá que no salga cruz".

El cilindro se detuvo junto a los pensamientos del viejo. "El Juez" volvió a dejar el arma sobre el centro de la mesa y, entonces, cesaron los rumores y todo pareció detenerse, el tiempo, las respiraciones, la sangre en las venas. Hasta el humo del cigarrillo de su adversario quedó pegado a la mesa, como amilanado, sin saber qué hacer. La niebla del Guadiana llamó a los muros y "El Viejo" imaginó su sombra penetrando por los sórdidos pasillos, amenazando con ocupar el aire quieto de la estancia al menor descuido. "El Desconocido" alargó la mano y cogió la pistola. Golpeó nuevamente el tambor que volvió a girar con suavidad y cuando, sin dudarlo, se llevó el punto de mira del arma a la cabeza, "El Viejo", que podía escuchar la respiración profunda de su adversario, volvió a vivir el cálido y lejano día en que cruzó, por primera vez, la frontera de Caya en un carro destartelado, cargado de cachivaches, del que tiraban dos extenuadas mulas alentejanas a punto de reventar. De pronto "El Desconocido" apretó el gatillo del arma. "Dios mío! - imploró El Viejo -"Ayúdanos"!

El percutor golpeó sobre una cámara deshabitada y un hueco estallido resonó en la estancia.

"El Desconocido" resopló, profundamente aliviado, y soltó la pistola en el centro de la mesa.

"El Viejo" acercó su mano al arma. "Ahora me toca a mí", se dijo. Por un momento la pistola quemó sus dedos, quería escapar de allí,





pero una especie desconocida de falso pundonor se lo impedía. Sólo necesitaba un poco de suerte. Sin embargo, "La Bicha" despertó de repente recordándole la provisionalidad de sus actos. "¡Qué demonios! -se dijo entonces-. Gane o pierda, siempre saldré ganando". Si tuviera la mala suerte de volarse la cabeza, sólo se habría adelantado en unos días, unos meses quizás, a su destino. En ese momento, la pistola resbaló de sus dedos sudorosos y cayó a la mesa. El seco golpe sonó en su cabeza como un proyectil, sobresaltándolo a él y a "La Bicha", que huyó cobardemente a esconderse en los bajos de su pulmón izquierdo. Pero, en compensación, su estómago se quejó amargamente. Su boca seca imploró silenciosos vasos de agua. Por un instante pensó que el zumbido de sus arterias podía ser escuchado en toda la sala, llena de niebla y de cigarrillos. Instantes después se había sobrepuesto al sobresalto que lo había paralizado y cogió de nuevo el arma. Hizo girar el cilindro y esperó unos segundos a que se detuviera. Luego, mientras su corazón se estremecía y saltaba en su pecho como un chivo loco, se llevó el arma a la sien, disparó y ya no vio nada, no sintió nada. Ni siquiera escuchó el golpe hosco del percutor al adherirse a una cámara vacía. No percibió el suspiro colectivo que salió del graderío, por lo que no sabría discernir si había sido de alivio o de desilusión. Ni siquiera vio como "El Juez" se acercaba, cogía la pistola de su mano derecha, agarrotada a la culata, como soldada, abría el tambor e introducía un nuevo proyectil. "Dios mío! exclamó por fin su cabeza-. ¿Cómo me he metido en esta trampa pa ratones?"

En ese momento, su instinto de conservación lo llevó de nuevo a buscar refugio en el recuerdo. Evocó otra vez su primer viaje a esta ciudad, contagiado por los sueños de un grupo de braceros, sin darse cuenta que los sueños, cuando se adhieren al alma de la necesidad y conquistan el corazón del infortunado, confunden deseo con verdad, ciegan los ojos de la razón, obligan a los sentidos a ser abandonados por sus facultades y hacen que el juicio sea vivamente dominado y poseído con vehemencia por la ilusión halagadora, el deseo esperanzador y la fantasía improbable.

Durante muchos años habían conseguido trabajo, por temporadas más o menos largas, en la recogida de tomate, en la vendimia y hasta en la aceituna, hasta que un día empezaron a tener dificultades para emplearse todos, las tareas escaseaban y por la región entera se paseó primero y se asentó después el fantasma de la escasez, la penuria y la insuficiencia. Una noche, después de una larguísima semana de vagar errantes por los campos, recibiendo como respuesta sólo negativas y contrariedades, completamente aturdido, "El Viejo"

se alejó del campamento y, como un vagabundo más, pateó las calles del centro de la ciudad. En los soportales de un cine vio a un mendigo durmiendo entre unos cartones que no podían impedir que el frío de noviembre llegara hasta sus huesos. Al pasar a su lado se detuvo y, al ver su cara embrutecida junto a una botella de vino vacía, quedó paralizado. Por un instante creyó reconocerse a sí mismo, acabado, decrepito, consumido, con una talega de años más sobre el rostro. Entonces se alejó con rapidez de allí, con la convicción de que era demasiado tarde para espantar el perro de los sueños.

En aquel momento su adversario cogió de nuevo la pistola, hizo girar el tambor y, sin pensarlo dos veces, se la acercó a la cabeza. "El Viejo" quería ver temblar la silueta que tenía enfrente, pero "El Desconocido" no le dio ese gusto. "Es un valiente -pensó- o un desesperado como yo". El humo del cigarrillo se elevaba verticalmente desde su mano izquierda, situada ahora sobre la mesa, y se perdía sobre su cabeza, buscando uno de los focos. El viejo cerró los ojos y escuchó un martilleo suave sobre una cámara vacía. Cuando los volvió a abrir, la pistola estaba de nuevo sobre el centro de la mesa. La miró como hipnotizado y, como si de un conjurado autómatas se tratara, terriblemente hechizado, la cogió con su vieja mano derecha y golpeó el cilindro. Se sentía mirado, taladrado, desamparado. "Tan viejo y tan perdido!", pensó horrorizado, pero sus manos seguían actuando, independientes, como si de repente su cuerpo se hubiera divorciado de sus pensamientos. Todo ello agudizaba su torpeza. Sentía angustia, ansiedad, mientras esperaba su suerte, temeroso e inmóvil. No sabía si huir al recuerdo interior o hacer frente a la niebla que lo envolvía. Estaba nervioso y asustado como nunca antes en su vida. Deseaba que todo acabara de una vez, como fuera, pero que aquella pesadilla terminara. El miedo secaba su boca y, sin embargo, sentía que por el entrelabio le resbalaba una babilla repugnante. Su oído se agudizaba más y más, intentando atrapar algún sonido, cualquier pequeño ruido, por insignificante que fuera, pero sólo un silencio denso, espeso, consistente, se movía entre los focos y las sombras. Su corazón se esforzaba en bombear sangre a la cabeza, a los pulmones, en dementes zumbidos. Pero no la hacía llegar a sus manos que sentía frías y sudorosas.

De pronto, el tambor de la pistola cesó de girar. "El Viejo" quiso taladrar con sus ojos el metal, para anticiparse en décimas de segundo al secreto que tan celosamente guardaba. Entonces, se acercó el arma a la sien y, sin pensarlo más, disparó.



Un día, hacía de ello escasamente una semana, la vieja furgoneta regresó bufando al campamento del Guadiana a una hora inusual. "La Bicha" había empezado a trabajar a destajo en su cuerpo. Primero despertó en el pulmón izquierdo; minutos después arañó su vientre y luego, inmediatamente, como caballo desbocado, galopó por todo su cuerpo. Su hijo decidió entonces regresar con él. Cuando descendieron del vehículo y preguntaron por las mujeres, el mayor de los niños les dijo que su abuela y su madre habían salido de compras con sus dos hermanos más pequeños. Entonces, como iluminado por una idea que nunca lo había dejado vivir, con mucho dolor a cuestas, otro dolor, aunque "La Bicha" seguía escribiendo con sangre en sus entrañas, se fue a buscarlas. Anduvo por las calles de la ciudad sin rumbo, pegado a las paredes, buscando los soportales de las iglesias, mirando a todos con desconfianza, perdido, inseguro, solo. De pronto, cuando más grande era el dolor, vio a su mujer y a su nuera sentadas en el suelo de la puerta de una iglesia, con un niño entre los brazos cada una de ellas, los ojos caídos, las manos tendidas en señal de misericordia. Hombres y mujeres pasaban ante ellas esforzándose en no advertir las pequeñas figuras ausentes, aplastadas contra el suelo. Un niño compasivo reparó en los pequeños, desde lo alto de sus inocentes ojos, y tiró de su madre al salir de la iglesia. La mujer se paró, abrió el bolso, sacó el monedero y entregó al muchacho unas monedas que éste depositó en las manos estiradas. Las mujeres las tomaron y se confesaron agradecidas con encogidas sonrisas y grandes gestos de asentimiento.

"El Viejo" se sintió entonces humillado en lo más hondo de su ser y no supo qué hacer. De pronto, dio media vuelta y, con lágrimas en los ojos, huyó de allí, con tanta rapidez como le permitieron sus debilitadas piernas. Jamás en toda su existencia había mendigado aquella clase de ayuda. Nunca antes se había sentido tan inútil, tan incompetente e inepto. Nunca tan desvalido e inerme, tan confundido y avergonzado.

Sin saber muy bien qué hacía, ni por dónde iba, estuvo dando vueltas por la ciudad durante horas, meditando, reflexionando, calculando, esforzándose en no reparar en la presencia de "La Bicha", hasta que al anochecer, pasos inconscientes, instintivos, pasos de autómatas, lo llevaron hasta el campamento. Para entonces, había tomado ya una decisión. Tal vez la última.

El ¡clic! del percutor al romper el vacío de la cámara atronó en la estancia. Enfrente de él, hasta el humo del cigarrillo de "El Desconocido" pareció aliviado y por primera vez en la noche se movió en zigzag.

Los nervios huyeron del anciano, se hundieron en la cargada atmósfera,

escapando por la punta de sus dedos; sus pupilas se empequeñecieron, hasta regresar, de golpe, a su estado normal; las señales de su corazón moderaron sus gritos y suavemente volvió el calor a sus manos, empujando de ellas la humedad. Entonces dejó de sentirse tan torpe. "Es posible -pensó bañado, por primera vez en toda la noche, en tibias esperanzas- que todo salga bien". En aquel momento, "El Desconocido", cogió por tercera vez la pistola de la mesa, por tercera vez hizo girar el tambor y, cuando éste se detuvo, sin pensarlo, confiado, se acercó el punto de mira a la cabeza y apretó el gatillo.

La descarga sacudió la nave en ruinas. La bala se hundió en la cabeza del oculto joven y reventó en su cerebro, esparciendo su mirada, su ánimo, su aliento y confianza en la luz gris del aire, entre el brillo de la oscura mesa y el ojo de los focos. Su cuerpo cayó al suelo, roto, quebrado, sin vida, a la derecha de "El Viejo", lejos del círculo de influencia de los cegadores focos, mostrando un rostro espantado. Una infinita incredulidad había quedado enredada en su retina, como pajarillo aterido atrapado en las zarzas. Cuando reconoció en "El Desconocido" la cara de su hijo, cargada de espanto, el alma de "El Viejo" saltó hecha pedazos.



CARTA DE AMOR Y DE NOSTALGIA



Plácido Ramírez

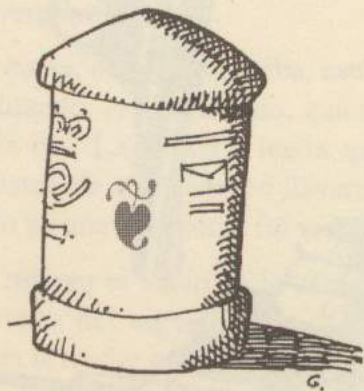
Escríbeme una larga carta que hable de amor y de alegría, échala con urgencia en el buzón de la risa. Por remite, ponme el viento, que venga deprisa, que atraviese fronteras de sollozos y suspiros.

Que diga que podemos querer hasta morirnos y gritar hasta quedarnos sin palabras.

Y quiero que me diga que una estrella puede caber en mi mano abierta, y que la luna de mis noches se puede acostar también en tu cama de cariño. Que me diga que mañana los hombres serán más sinceros, más solidarios y menos carniceros.

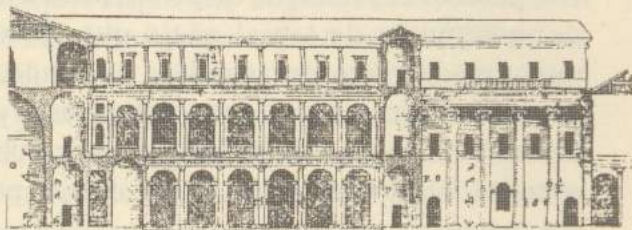
Ojalá que tu carta llegue a tiempo, que venga flotando entre olas de esperanza y venga salpicada con espuma de risa.

Escríbeme una larga carta; pero por favor, que de una vez por todas nos hable de...AMOR.



DIARIO ÍNTIMO DE LA DECADENCIA*

José Luis Mosquera Müller



Maitines

Aquel convento, varado en la historia de Garrovillas, y al que todos los lugareños conocen como “las ruinas”, fue en otro tiempo digna morada para anónimos orantes del clero regular, monjes en los que se perpetuaba el ejemplo de Francisco, El Santo de Asís. Con los bienes de la orden Franciscana se alzó, en lugar apartado de la villa, templo y claustro. Es digno decir que motivó envidias tanto en la jurisdicción como en la comarca. Además, a mediados del siglo XVII, el por entonces señor de la Villa don Luis Enríquez de Guzmán, Noveno Conde de Alba de Aliste y Segundo de Villafior, y que llegara en el curso de sus honores a ser hombre muy gentil en la Corte de Su Majestad, el Rey Felipe IV, ostentando cargos elevados en el Reino de la Nueva España, ejerció a su vez el mecenazgo sobre este convento, mejorando la obra que hacía más de un siglo habían creado los mejores cinceles de la Orden de Alcántara. Cuadrillas de alarifes, a principios del siglo XVI, fueron traídas de las Brozas, Arroyo del Puerco y hasta la fuerte plaza de Coria, cabeza que era y es de la Diócesis, para trabajar con Juan López de Ordietta, aparejador cuyo tiempo tenía empeñado en mejoras para fortalezas de ese partido, así como señalar las trazas de oras tantas iglesias y casas fuertes en compañía de maestros como Pedro de Ybarra, Juan Bravo e incluso del Maestre Mayor, Sebastián de Aguirre, bajo cuya supervisión se remataron las grandiosas obras de San Benito.

Y tuvo este convento gran vida religiosa, sirviendo a los contemplativos hombres de la Orden Franciscana como refugio, también a los humildes e indigentes les era favorable pues buscaban, entre sus muros, la caridad divina en forma de sopas y viejos sayones. Sin embargo, lo que no pudo hacer el sarraceno, ni las prolongadas disputas con los vecinos portugueses, lo consiguió un liberal convencido: Juan Álvarez Mendizábal. En 1836,

desamortizados los bienes de la Orden, abandonaron el lugar los religiosos y el inmueble quedó en propiedad perpetua de la naturaleza.

Laudes

Despunta el Sol sobre los berrocales, con sus redondeadas formas virginales emergidas de lo profundo, desperezándose a la luz y el musgo. Tras ellos se ven algunos muros de tapial añejo que, gibosos, apenas si pueden con su enmarañada carga de zarzales. Al fondo, destaca la chinesca sobra del convento. Poco a poco la penumbra cesa, y la luz corre el telón, aportando nitidez a las formas, entre las que se descubre una solitaria verdad, la de los vestigios, sin otra compañía que la ofrecida por el paisaje.

Un templo sin techo, sin campanas, apenas algunas tejas remtana aleros que hace décadas dejaron de desaguar, queda sin embargo momificada esa piel incorrupta de los terrosos sillares. Ellos ponen un orden arquitectónico entre tanto bosque anárquico de pilastras y vanos, residuo de antiguas celdas. Del refectorio surgen las ortigas y en la que antaño fuera biblioteca, un coloso de arena y piedras desgajadas hoy se alza, estantería de estratos que el tiempo ha ido ordenando para lectura de arqueólogos. Pero, a pesar de la desolación, cada amanecer descubre la simetría que aquí los humanos pusieron al compañero paisaje: disposición a soga de sillares en contrafuertes que, como atlantes inútiles, soportan el vacío.

Tercia

Salen al campo los hombres, rebasando la portada principal del convento. A lomo de sus bestias pasan por aquí lugareños, más interesados en guardar el equilibrio sobre la montura a la par que lían el primer pitillo del día, que en admirar las gráciles ojivas de las arquivoltas que ornan la portada. A los agricultores tampoco parece impresionarles el blasón descomunal que decora los muros. Blasón de la casa Alba de Aliste, con timbre de empenachada cimera, escudo cuartelado y banderas acoladas. Heráldica fósil de quienes aquí todo lo fueron y, como si de una piadosa mentira se tratara, ya nadie en Garrovillas conoce la gloria de tanta nobleza. La historia ha engañando a sus protagonistas, de ellos tan sólo deja blasones que los garrovillanos miran con indiferencia. Poco importa quien costeara la erección del convento, mucho menos el anónimo discurrir de los días en los tiempos que fue habitado. Si acaso lo que resta vuelve de nuevo a ser cantera, retorna a su natural estado lo que con tanto sudor el albañil hiciese.

Un pastor está a lo suyo, no puede entretenerse en admirar y escuchar lo que



ya no es voz. Bajándose la bragueta, orina sobre los muros, bajo las armas franciscanas y siente el alivio como una bendición.

Sexta

Adosado al convento se extendía un amplio huerto, vergel donde hacían cumplido voto de trabajo los monjes. Higueras, nogales, una morera, el limonero del arroyo, donde un molino daba cuenta con sus muelas del grano reunido en los diezmos, también había una hoja dedicada a plantas indianas, rábanos o cebolletas. Y allí, en las proximidades de la linde, un almendro, que llamaban "del Moro", florecía cada año, cuando el Sol se hacía mago en primavera. Este, ahora, atiza sobre un rebaño de amodorradas ovejas. El huerto, en tanto, relega su verde a pastos raquíuticos, sólo algunos olivos apuntan pistas de la lozanía que en otros tiempos el corral tuviera. En el molino han hecho su madriguera las ratas y, por entre las parras silvestres que se abrazan a los muros, reverbera el monótono canto de la chicharra.

Nona

El Sol, en su vertical, penetra por entre las amplias llagas abiertas en la techumbre, ocasionalmente ésta no es más que un nervio trazado sobre el celeste azul. Osamenta de arcos combados que ayer mantenían bajo su regazo el misterio de la Palabra. Ahora son el único desafío a la luz, funambulista desafío a un equilibrio difícil e inútil que se resiste al irremediable hundimiento. En el interior, una nave descarnada luce en su cabecera un retablo de falos incisos y obscenas proclamas. El macho ibérico, visceral y de natural, bastante descerebrado, ha tomado reciente posesión de las paredes. En el suelo, un estiércol de años fermenta sobre las tumbas de los abades. A los lados, nichos funerarios de los olvidados nobles insisten en su recuerdo: "*Aquí Yahacen los cuerpos de los Excelentísimos Señores Don Luis Enríquez de Guzmán y la Señora Doña Ypólita de Córdoba y Cardona su Muger*". A los pies de la capilla, se pudre, solidaria, una oveja. Viejas ofrendas florales son modificadas por la fragancia, acorde sin duda, de la propia muerte.

Vísperas

Se precipita un crepúsculo de jirones en el horizonte. Nubarrones de plomo y oro mortecino aletean sobre las ruinas, dejan tímidamente caer plumas de agua. La humedad, en mágica mezcla con los postreros destellos del atardecer, dan brillo a las hojas de esa higuera que lucha por abrirse camino entre los sillares de la espadaña. Una zorra viene a cobrarse el tributo diario, y sigilosa se aproxima al molino, donde las ratas custodian su nidada. Los olivos se



cargan de trinos, es el espectáculo que conjuga ramas nerviosas con los envites de jilgueros, gorriones, petirrojos, minúsculas aves todas que juegan al balancín entonando un cántico de alabanza que da vida al conjunto. En tanto, en la dehesa cercana, desde una encina se escucha el cómputo monótono que del atardecer un cuco hace. Se aproxima la noche.

Completas.

Una pareja furtiva penetra en el recinto. Huyendo de testigos buscan, ansiosos, la verdad de sus cuerpos en la intimidad de las ruinas. Eligen para colmar ese deseo un rincón del claustro. Ese claustro toscano en el cual, a tramos, aún se atisban pinturas murales que recuerdan los hechos del Santo de Asís.

Se inicia el rito. Al introito de los besos suceden la liturgia de las caricia, el credo de los pechos desnudos, la ofrenda de la desnudez mutua, desnudez caliente que permite la comunión última de los cuerpos. Todo remata en dual jadeo de agudos y graves. Finalmente...la paz.

Fruto de las embestidas, caen sobre la pareja copos de cal y pigmentos procedentes de una de las deterioradas escenas pictóricas. En ésta se ve a San Francisco de Asís invocando al Sol y la Luna, a los pájaros, la zorra, a los árboles, entre los que se encuentran un olivo y un almendro. A sus pies una cartela reza: "San Francisco halla en la naturaleza la Expresión Divina".

Ha transcurrido el día, la decadencia de las ruinas nos aproximan aún más a la vital explosión del templo más hermoso que se nos ofrece: la naturaleza.

*Emitte, Domine, Spíritum tuum et creabuntur, et renovabis faciem terrae.
Amén.*



**Este relato ha sido ganador del
I Concurso de Narración Corta, convocada por el
Ayuntamiento de San Vicente de Alcántara
en 1995.*

LOS SUICIDIOS

Francisco Bautista Gutiérrez

Septiembre 1961

Según las estadísticas, en este verano y en Andalucía se han producido más suicidios que en el resto del país.

Los entendidos creen que es a consecuencia del fuerte calor reinante y a la escasez de lluvia del año pasado.

La leve brisa que sopla, por llamarle de alguna forma al viento caliente y seco, es suficiente para hacer temblar las altas y espigadas matas de cereal a pesar de encontrarse éstas predispuetas al balanceo al tener mayor peso en la parte superior de las mismas.

El sudor que me baja desde la cabeza cubierta con un sombrero de paja se confunde con el que sale de la frente y en torrente resbala por todo el cuerpo hasta conseguir que los pantalones de pana se peguen a las piernas.

Dejo la hoz en el suelo y secándome la frente camino hasta el final de la senara que estoy segando a mano porque las cosechadoras es cosa de "pudientes" y además el terreno se encuentra inclinado y no hay otra forma de recoger el grano y por otra parte hay que sembrar en todas partes con el fin de aprovechar al máximo el terreno para sacarle el mayor jugo posible.

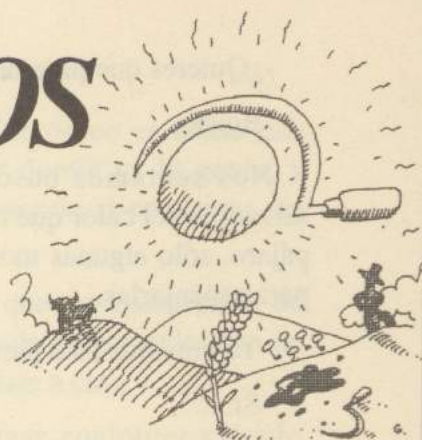
Desde el otro extremo del corte viene también caminando mi padre a la búsqueda del barril de agua que está en la sombra.

-Como pega hoy

-Sí

-Ten bebe ...

Le levanto y dejo que el agua no muy fría pero sí fresca en comparación con el calor que tengo en el cuerpo caiga y resbale por mi pecho llevándose con ella el fino polvo amarillo pegado a mi piel.



narrativa



el espejo

-¿Quieres que paremos a comer algo?

-Bueno.....

Nos sentamos buscando la poca sombra del árbol, insuficiente para salvarnos del calor que nos achicharra sin piedad. Ni tan siquiera se escucha un pájaro, sólo algunas moscas zumbonas y el ruido de la mula cuando se mueve para espantarlas.

-Yo creo que ésta parte la podemos acabar mañana

-Sí.....

En el cielo, muy alto, la estela de humo blanco de algún avión que va a saber Dios a qué lugar. Pienso en todas las gentes que irán en él, tal vez tomando una bebida caliente porque el aire acondicionado les haga tener frío, viajarán hacia algún exótico país donde todo sea bullicio, o lo harán hacia alguna playa afrodisiaca.

-¿Sabes?.... yo creo que el próximo año vamos a sembrar melones.

-¡Que más da!. .. Viene a ser lo mismo agacharse con la hoz en la mano cortando el trigo que agacharse con la navaja a cortar los melones.

-A ti que te parece

Me maravilla aquel hombre intentando introducirme en su vida, esperando que yo llegue a amar el campo tanto como lo hace él y no quiero decirle que éso es imposible, no tengo deseos de romperle esa esperanza, de decirle que no amo el campo, que lo que yo quiero es vivir la vida en otro lugar, labrarme un futuro.

-O tal vez girasoles..ya veremos

Tengo necesidad de sentir la mirada de la gente de otra manera a como lo hacen ahora, quiero sentirme respetado, tener poder, tengo necesidad de sentirme admirado.

-Incluso podríamos coger más tierra

NO quiero setirme huraño como ahora, ni tan siquiera independiente, yo no soy un solitario aunque lo aparente, quiero vivir la vida por encima de todo, meterme en ella.

Pero no tengo nada, cuando llega un domingo me siento ridículo con la ropa que llevo puesta, a veces casi siempre está hecha de restos de la de mis tíos, y no quiero llevar unos zapatos un número mas grande.

-Podríamos tal vez comprar otra mula.....

Tampoco tengo necesidad de otro animal, yo lo que deseo es acaso una bicicleta, sólo pido eso y el fin de semana poder ir donde va la gente, y sentarme en el rincón del cine cuando lo desee o no hacerlo si no quiero ver una película que ni tan siquiera me interesa.

Tengo necesidad de alternar, de hablar con alguien que me comprenda, de entrar en un bar y con los amigos charlar de lo que sea, de espectáculos, yo no quiero seguir repitiendo el trayecto de casa al cine y de éste a casa.

He sido siempre un gran estudiante, puedo realizar cualquier cálculo matemático simple, con tres años ya leía a Roberto Alcázar y a Pedrín, puedo aprender lo que sea, pero tengo que salir de aquí, no me importa cambiar de comida, me es indiferente que lo que ahora estoy comiendo sea un pedazo de pan con morcilla pringosa, lo que quiero es la consideración de la gente, que deseen mi amistad ... quiero una oportunidad.....

-¿Seguimos?.....

-Sí

Y como un autómatas nuevamente agachado, coger unas cuantas de espigas, unir las, introducir bajo ellas la hoz y cortar, amontonarlas a un lado para después de que pase un rato y tengamos varios grupos hacer un montón y con la cuerda de pita amarrarlas.

Y así llegar al atardecer, llevarlas al carro, atar la mula a él y recorrer casi cuatro leguas para llegar ya de noche al pueblo y dejarlas en la era volver a casa rápidamente y dormir para el día siguiente salir con el alba.

Hijo.....

Se confunde el grito de mi padre con el golpe seco cuando caigo al suelo desangrándome..., buscando la muerte que tal vez no me llegue.....

Julio 1995

Voz de cualquier locutor: *En Andalucía es donde más suicidios se producen en verano. Según estudios es debido al fuerte calor reinante en la zona y a la escasez de lluvia caída durante el invierno pasado.*



Recuerdo sobre todo las alcobas,
las precisas alcobas de la casa en penumbra,
las alcobas de Junio y el sigilo
de la tarde creciendo en la memoria.
Al chalé de mi amigo
lo cercaban ásperos rosales,
era una casa nuestra,
un lugar desdeñado por los otros
que lo encontraban viejo y desfasado.
Sí, era una casa nuestra.
Abierta solamente en las extensas
tardes de aquellos sábados,
una casa con frágiles frutales,
con alberca y juguetes antiguos,
con la llave escondida
sobre la tierra gris de una maceta.
Al encontrarme lejos, muchas veces,
he frecuentado el campo del recuerdo
y he querido volver hasta esta casa
cercada por el tiempo y los rosales.
A mi voz conversando
calmada en las alcobas,
a ese Sol sin palabras
que tanto me gustaba,
al chalé silencioso que viajaba
tan dentro de nosotros,
tan feliz por sentirse
habitado unas horas,
tan lleno de tristeza
al sentir nuestra marcha en el ocaso.

Jesús García Calderón

A MODO DE BIENAVENTURANZA

Feliz el que saliera
del fondo de sí mismo
y repartiera el pan,
la flor y la palabra.

Feliz el que arribara
de su sueño a la vida
y transportara a hombro
la libertad.

Feliz el que llevara
nuestra voz de su mano,
pasajeando el aire,
removiendo en el aire
nuestra aérea y anónima
sustanciación.

Feliz quien remontara,
apenas con su báculo,
los montes, las estrellas...
quien se transfigurara
de nuestra soledad.

Y felices nosotros,
los que un día tomamos
puntuales y unísonos
la niebla comunal
de un planeta de niebla

Aunque al final seamos
sólo hombres de oficio.

Antonio-Román Díez García

Del libro "VISIÓN DE FONDO"



UNA CIUDAD DE PASO.

Tendida bajo el sol de siete de la tarde,
una ciudad de paso ondeaba los humos de las fábricas
y se abría al poniente.

La gran ciudad. Enarbolando el símbolo del claxon y el motor,
respiraba con prisas y en tibias bocanadas
un aroma de encuentros. Aromas confundidos que escalaban
los bloques de cemento, las más espesas cúpulas,
el neblinoso altar de los ruidos.

Anónima entre todos y entre nadie, deambulé por las calles
transitadas de gente marcando su propio territorio,
el largo recorrido de la existencia sola.

Puse cerco a este cansancio mío, tan distinto. Un cansancio
de saberme viviendo para seguir. Siempre. Como un vivir llegando
cada día.

Unas monedas y unas llaves a cambio. Una escalera, un cuarto
y un silencio con ventanas al mundo.

Silencio de alquiler. El último silencio
enrarecido de todos los silencios que dejaron su identidad escrita
en la alta techumbre de las horas.

Extraña, con la ropa diaria de pasar sin ser vista, me marché.
Corrí hasta alcanzar la libertad sin saldo.

Me marché. Y me llevé prendidos los silencios ajenos,
las resacas e insomnios. El precio de mil sombras en los ojos.

La ciudad quedó atrás. Ya nada nos unía. Sólo un aroma tibio de café
llegaba desde lejos. Un aroma de encuentros
bajo el silbante humo de las fábricas.

M. Trinidad Ródenas Alcón.

UN DÍA

Un día tú y yo
dispusimos el banquete
de nuestro sino
y quise hacerme pan
con las doradas espigas
que enarbolaban mi cuerpo;
convertirme así
en la hogaza tierna
que saciara tu hambre
de ancestrales deseos.
Y mientras tus manos
me alzaban
hasta la cumbre del universo,
quise hacerme néctar, ambrosía
manjar dilecto,
y colmar tus ansias en un instante eterno;
mas, tú no anhelabas diosas
sino un ser tangible
de carne y huesos,
por eso me hice mujer
en el flamígero abrazo
de tu aliento.

Antonia Cerrato Martín-Romo

SONETOS A LOS POETAS MAL LLAMADOS LOCOS.

I

(Estudiando los médicos al poeta)

Aquellos psiquiatras que le estudiaron,
jamás supieron de donde lo daba;
sin encontrar en sus neuronas nada
-y mira que buscando rebuscaron-.

De esquizofrénico fue rechazado,
análisis negativo de entrañas
que veinte médicos en batas blancas,
hicieron microscópico cuidado.

El poeta solo estuvo de amor loco
-y no como la gente en su cordura-;
la Poesía tuvo derecho todo:

no habiendo forma de entender locura,
apliquemos la razón poco a poco
que ya encuentra la verdad mesura.

II

(El poeta eligió condenarse, antes que morir sin haber amado)

Deja al poeta que siga su andadura,
-que solo se mete con el tirano;
no es un mundo aparte ni fue tarado,
porque siempre leyeron su escritura.

Ciclo natural de la vida en suma,
es que la muerte de final alado
la siesta humana de social cuidado
para nunca bajarse de la luna.

No quiere el poeta que de él sientas pena,
ya lleva dentro de su alma de oda:
le pusieron una tenaz cadena,

y si al bardo cayóle gigante ola,
fue porque él mismo prefirió condena,
antes que morir sin amor y a solas.

COSME LÓPEZ

de "Ácido Poético" (1.993)



Vidal-Angel Garrido Reguero



IMPUESTO SOBRE
LAS LABORES
DEL TABACO
ESPAÑA
1971

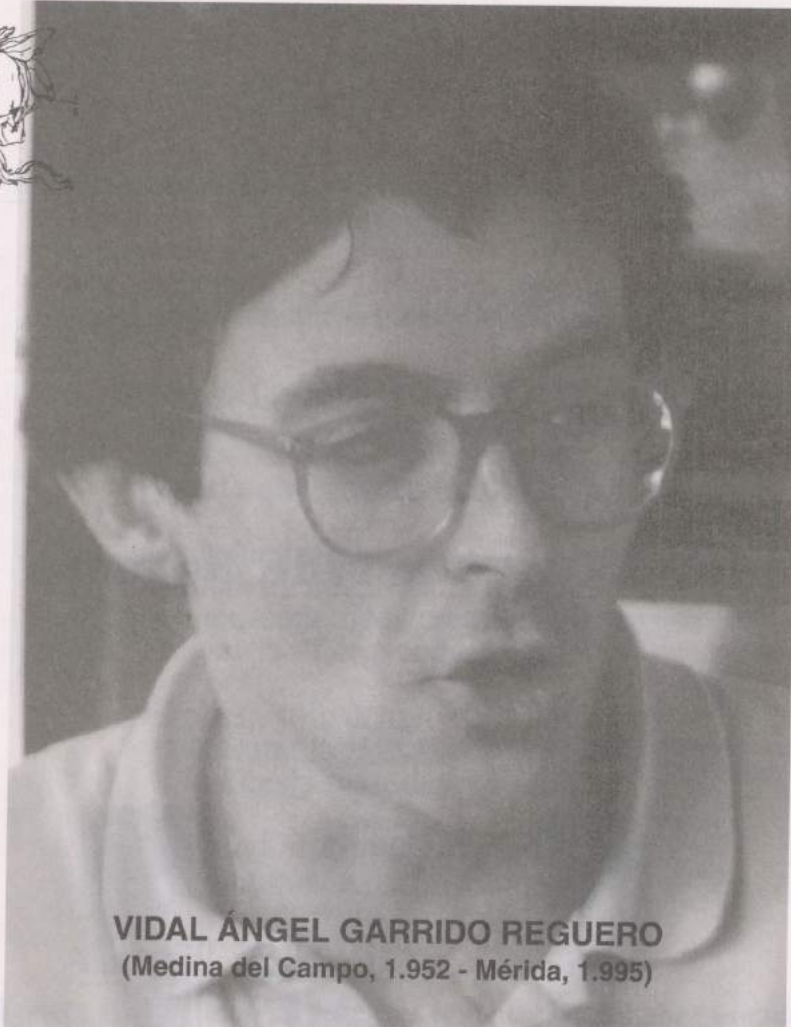
Celtas extra



Cellthone extra

Cellthone extra

Tuvo amigos que gozaron de su afición, compañeros de aventuras que gozaron



VIDAL ÁNGEL GARRIDO REGUERO
(Medina del Campo, 1.952 - Mérida, 1.995)

En una entrevista del año 1.984, él mismo se definía así: *"amante de la noche, lector asiduo, escritor, soñador perpetuo, melómano empedernido, nostálgico incurable..."*

Cirujano por vocación y poeta por devoción, colabora en la "Hoja Parroquial de Alcandoria", en "Arco Iris", "Pirámide", "La Centena", etc. Publica poemas, ensayos y crítica literaria y musical en "Anaquel", "Alor Novísimo", diarios "Hoy" y "Extremadura", etc.

Amén de tantas otras cosas, casi todos sus contertulios le debemos haber recuperado la salud en alguna que otra ocasión.

Casi merecía la pena enfermar para caer en sus manos.

Pero sobre todo, ante todo, por encima de todo, daba sentido a la palabra amistad.

Quien lo trató lo sabe.

Descanse en paz.

Elías Moro Cuéllar

CATULO

Vidal-Ángel Garrido Reguero



Si por ventura leéis mis majaderías y nos os horrorizáis de acercar a mí vuestras manos... Así llega a nosotros el poema 14 escrito por Gayo Valerio Catulo, probablemente el primer y más grande poeta elegíaco y romántico de la latinidad. Y es que, amigos oyentes, si lo que esperáis es escuchar a un poeta sólo de palabras delicadas, dignas, bellas y normales, podéis entonces levantaros tranquilamente de vuestros cómodos asientos y marchar en busca de otro lugar distinto de deleite. Gayo Valerio Catulo vulnera expresamente lo que algunos entienden por normalidad -entre mil comillas- pues nunca creyó que existieran ni palabras, ni lenguajes, ni temas que sean expresamente literarios o poéticos, y piensa que todo puede ser materia de poesía, desde la palabra catalogada como soez hasta la expresión malsonante, siempre que estén tratadas, eso sí, con maestría y artificio. Los mediocres o los que están al borde la mediocridad, no conspirarán nunca con vuestro poeta.

Quintus Valerius Catullus, para unos, o Gaius Valerius Gatullus para otros, nació allá por el año 87 antes de Cristo, para alguno, o por el año 84, para otros. Murió en el 57 antes de Cristo, para alguno. Para todos, vivió unos treinta años. Verona fue su cuna y su familia Valeria, patricia gens aristocrática originaria de Roma. Allí en Verona aprendió a gozar del bienestar y de la naturaleza y allí conoció probablemente, la aurora de su torturado amor. Su adolescencia se repartió entre la búsqueda de distracciones y aventuras y su formación intelectual y espiritual procedente de la humanistas, esto es, de la enciclopedia de las artes liberales, modelada por completo sobre el tipo griego. Su hondo conocimiento de la poesía griega, en particular de la lírica (Safo, Alceo, Arquíloco) se proporcionó la escuela; pero ésta no pudo conferirle, desde luego, la independencia de su espíritu, su refinado y sólido gusto literario, la frescura de sus impresiones o la originalidad que manifiesta en sus composiciones. Su inquietud a la primavera de la vida se abrió cuando comenzó a vestir la toga viril. Catulo se familiarizó inmediatamente con aquellos representantes de la "juventud dorada", olorosos de perfumes, que estudiaban sus ademanes ante el espejo, que se depilaban el rostro y las cejas, que se preocupaban por el vestido o por el desnudo y que calzaban sandalias femeninas, que se ejercitaban en el canto y la danza.

Catulo escribiría sus primeras poesías ligeras a partir de sus diecisiete años. Pero a los veinte años, se establece en Roma, donde no tiene ninguna dificultad para obtener una excelente acogida por esos círculos aristocráticos y corruptos, dado su linaje, su posición y su extraordinaria habilidad poética. Pudo cantar así los ambientes distinguidos y cultos de Roma, asistiendo a reuniones de personas de la aristocracia y la política. Pero también conoció el entorno plebeyo de los bajos fondos, las tabernas y los tugurios romanos. Y en uno y otro ambiente conoció a gentes que se daban a la gula, a la avaricia, a la lujuria y la iniquidad, y también gente bondadosa, caritativa, generosa y amable. Conoció en definitiva el latido del corazón del hombre, de todo hombre de cualquier condición. Para unos, no tuvo más que elogios y bellas expresiones. Sobre otros, dejó caer su látigo, su resentimiento y su ironía.

Tuvo amigos que gozaron de su afecto, compañeros de francachela que goza-





ron de su cuerpo y rivales pendencieros a los que dedicó todo su odio. Y conoció el amor, al que se entregó con desbordado ímpetu juvenil y desmedida pasión romántica. Y fue precisamente a los enemigos que obstaculizaron su amor, a los rivales que se lo arrebataron, a los parásitos, los gomosos, los disolutos y los intrigantes, fue a todos estos a los que acosó más encarnizadamente en sus poemas.

Se llamaba Lesbia o Clodia, como gustéis. Pero ¿Quién era Lesbia?. Pues era una mujer célebre por su belleza, su cultura, sus fastos y sus vicios; una dama casada, entendida en literatura, de carácter fogoso y sensual, que tuvo innumerables amantes y que se prostituía sin el menor reparo. Sus relaciones incestuosas con su hermano, el hermoso Clodio Píncer, fueron públicas y notorias.

Aunque es posible que Catulo conociera a Lesbia, antes de salir de Verona, su desenfadada pasión por ella, se desató cuando el poeta contaba veintidós-veinticuatro años, bajo la influencia del maravilloso y corrompido ambiente de la capital. Entre las más antiguas poesías de Catulo, se encuentran las dedicadas a Lesbia, aquellas en las que Catulo se abandona a los transportes de su amor correspondido. Llevado por la violencia de su pasión no se entera o no quiere enterarse de las infidelidades de su amor y de sus disipaciones y así podemos comprender, al leer sus poemas, la patética simplicidad con que hizo hablar a la pasión, la cual, una vez adueñada de todo su ser, lo avasalló, lo embriagó, lo degradó y lo torturó.

Lesbia fue la única y gran pasión de su vida. Lesbia fue su único amor. Y su sólo desamor. Entre los poetas latinos ninguno reprodujo con tanta fogosidad, sinceridad y elocuencia la tragedia de la aventura o la novela pasional. Como resultado de su amor desgraciado, de su actitud ante la vida, de sus desilusiones en la amistad o del clima político y moral en que vivía, Catulo fue un privilegiado de la tortura amorosa.

Termino con la lectura de una catuliana y un comentario final. Es el poema 56 de su corpus poético.

"¡Oh, que divertida aventura, Catón, y chistosa, y digna de tus oídos y de tus risas!. Ríete, tanto como amas a Catulo, Catón; la aventura es divertida y por demás chistosa. Acabo de sorprender a un chiquillo que intentaba forzar a una muchacha; yo, que Diona me perdone, lo he atravesado de golpe con mi rígida vara."

Aquellos de ustedes que participan en este acto, que sean más sensibles al grito humano y al vigor instantáneo que a la finura tersa y marmórea, más sensibles al drama de las cosas simples y a la originalidad, que a la ligereza y a la elegancia de la expresión, sentirán siempre por Gayo Valerio Catulo, "el veronés", una atracción especial.

(Este texto fue preparado y leído por Vidal a modo de introducción de una lectura de textos clásicos -poemas de Catulo y versiones de José Emilio Pacheco sobre clásicos griegos- que tuvo lugar a finales de otoño de 1.991 en el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida, a cargo de los componentes de la tertulia "Alcandoria" de la que él, durante tanto tiempo, formó parte..)



LA MUERTE LIBREMENTE ELEGIDA

(Comentario al texto de Daniel C. Maguire)



Vidal-Ángel Garrido Reguero

"Un periodista británico que facilitó la muerte de su esposa, gravemente enferma de cáncer, podría ser condenado a catorce años de prisión" ("El País", sábado 18 de marzo de 1.978). Al margen de la noticia, una cuestión de fondo: EUTANASIA.

¿Podemos estar de acuerdo, legal y moralmente, con la elección del modo y momento de presentarse la muerte, para sí mismo y/o para los demás?. Bajo el prisma de la moral católica, la vida es el supremo acto del SER, que solamente depende de quien dió forma a ese ser; por tanto el hombre, siempre lo hemos oído así, no es dueño de sí mismo. La tijera que puede cortar el hilo de nuestras existencias solamente la posee Dios. Aceptadas así las cosas y viendo además que la muerte es algo que llega en un momento determinado, momento ése que nosotros no predeterminamos, la eutanasia se nos convierte en un asunto muy claro : un simple, puro y llano atentado contra la vida.

Pero si pensamos que la muerte tiene su momento en la vida de las personas ¿Cómo explicar que el hombre se esté dedicando legal y moralmente a retrasar ese momento, desde que

conoce y utiliza medidas médicas que provienen del extraordinario avance de la Medicina? Qué decir de los antibióticos que hacen de una neumonía, que debiera ser fatal, un simple padecimiento. Y de los hemostáticos o el mismo plasma humano que devuelve la vida a

quien la iba perdiendo desangrado. Y de la insulina, que alarga y promueve plenamente la vida de un diabético condenado a morir prematuramente. Éstas son medidas normales que indudablemente interfieren el proceso normal de la vida. Y nadie ha tenido reparos morales para utilizarlas; más bien les hemos dado nuestra bienvenida. Pero es que existen auténticas medidas extraordinarias, que alargan la existencia -verdad sólo que unos días en la mayoría de los casos- pero la alargan, como pueden ser

las alimentaciones parenterales, el desfibrilador, los respirators, los riñones artificiales y un largo etc.... Y estas medidas extraordinarias, sí que verdaderamente están interfiriendo el final. Y nadie ha tenido reparo para utilizarlas; más bien nos hemos alegrado de ellas.

Este injerencia en los asuntos Divinos es lo que yo me atrevo a poner en tela de juicio, porque para mí, la cuestión fundamental en este contexto -



como en otros varios de nuestra vida es el siguiente, tomándolo de Jean-Paul Sartre: "El hombre está condenado a ser libre", o, modificando un poco este aserto: "Al hombre se le ha dado el inalienable derecho de ser libre". Por ese derecho, nuestros primeros hombre y mujer creyeron que podían desobedecer a su Creador y así lo hicieron, porque eran libres. Pero la libertad hay que bienentenderla y bienusarla. Y la libertad va acompañada de su sombra, de la sombra de las consecuencias. Lo moral y lo legal está en sopesar esa libertad para determinar nuestras decisiones como hombres, y no decir que vamos contra los designios de nuestro Dios cuando hacemos uso de nuestra libertad conscientemente entendida, porque ante todo Dios nos hizo y nos quiso libres. Ahora bien, nuestra conciencia nos habrá de decir si al ejercitar nuestro derecho de ser libres, las consecuencias que de ello se derivan atentan contra la Moral, la Ética de las personas, o en definitiva, contra Dios.

Llegando a este punto podemos afirmar que, si somos libres para decidir alargar la vida de una persona o nuestra propia vida, también lo podremos ser para acortarla. Pero habrá que buscar la sombra: al alargar la vida de una persona o la nuestra ¿Causamos de inmediato un beneficio para sí mismo y para la sociedad?. Al acortarla ¿Sucede de igual forma?. Estoy de acuerdo con Daniel C. Maguire al decir que si al tomar la decisión de alargar la vida de una persona vamos a conseguir su restablecimiento "ad integrum" en todos los órdenes, físico, afectivo, intelectual, emotivo, etc... y vamos a situar a la persona en el punto inmediatamente anterior a haber enfilado el camino de la enfermedad, entonces la consecuencia,

la sombra de la libertad va a ser un beneficio de inmediato. Pero si por el contrario, decidimos alargar la vida de una persona con medidas ordinarias y extraordinarias y lo único que conseguimos cada día que va pasando, es aumentar el sufrimiento y la angustia, para conseguir al final que la persona quede gravemente disminuida en sus sensaciones y sentimientos o, lo que es peor, que se muera quince días después en medio de la soledad y el silencio roto sólo por el ruido de las máquinas de una Unidad de Vigilancia Intensiva, sin que ni siquiera los seres queridos puedan estar a su lado en el último suspiro, está claro que la consecuencia, la sombra de la libertad, no aporta ningún beneficio, ni para él mismo ni para la sociedad. Esta última sería la posición del moralista Paul Ramsey.

Como preconiza Daniel C. Maguire, para introducirnos en una buena ética sobre lo que él ha dado en llamar "la muerte libremente elegida", hay que plantearse unas cuestiones:

1. ¿Qué?.- Qué es lo que está sufriendo el paciente y qué significa para él este sufrimiento. Hay que valorar el qué de los sufrimientos mentales y físicos del paciente.

2. ¿Por qué?.- Cuál es el motivo que induce a pedir la muerte. El motivo puede ser bueno o puede ser malo en sí mismo, y ésto hay que valorarlo.

3. ¿Cómo?.- La muerte por omisión o comisión. Aquí veo yo una gran diferencia entre las dos opciones. Para mí no es lo mismo, indudablemente, el desconectar un respirator, el dejar de inyectar insulina, el retirar la alimentación parenteral, etc... en una palabra, el acto de omisión, no es lo mismo digo, que el acto de comisión como podría ser el

inyectar una solución de una sustancia que sé positivamente va a causar la muerte en pocos minutos. El final será el mismo, pero he dejado que también tome parte la propia Naturaleza.

4. ¿Quién?.- No podemos generalizar en esta cuestión. Cada hombre es un mundo diferente y como tal hay que contemplarlo. Creo que un gran mal que puede hacer el hombre en esta situación, como en otras que plantea la vida, es el de tratar de un modo abstracto o generalizado, lo que es concreto y particular. No hay reglas fijas.

5. ¿Dónde?.- En casa o en un hospital. Cuestión que también tiene su trascendencia.

6. ¿Cuándo?.- Quizá la más difícil de dilucidar, porque significa el momento supremo de dar el paso y desgraciadamente el hombre no posee la visión del mañana. Si no tomo la decisión hoy...¿La tomará mañana el destino, o quizá el Ser Supremo, o la Naturaleza nos tiene reservada una sorpresa?. No sería la primera vez que así sucede, aunque, ciertamente, sucede muy pocas veces.

7. ¿Qué previsible efectos?.- Cuestión ésta que ya hemos analizado al contemplar las consecuencias beneficiosas o no, que depara el acto de ejercer la libertad.

8. ¿Cuáles son las alternativas posibles?.- Bajo mi punto de vista hay que agotar todos los medios que HUMANAMENTE podemos poner a disposición del enfermo, sin menoscabar su dignidad. Cuando estén agotadas todas las posibilidades y se hayan sorteado todas las alternativas, podremos decidir libremente.

Dejando estos planteamientos tan

importantes, creo que lo más sugestivo es lo que sigue. ¿Por qué consideramos la transición de la vida a la muerte como un mal paso? ¿Por qué la muerte para nosotros es nuestra enemiga y no la consideramos como nuestra amiga?. La revelación cristiana, nos depara el Más Allá, la Felicidad Eterna. ¿Por qué no ir a la búsqueda de esa felicidad cuanto antes, cuando en esta vida se nos ha acabado el grado de felicidad posible, porque el sufrimiento nos agobia? ¿Por qué no vamos a la muerte como un acto de LIBERACIÓN total, de suprema LIBERTAD?. Malinowsky nos narra la alegría y el festejo que envuelve la partida de un ser querido cuando es llamado por los dioses, en muchas tribus de nuestro planeta; sin duda que esos hombres consideran a la muerte como un bien, como un amigo. A la par, el hombre de concepción cristiana, ha rodeado la muerte de misterio y de tragedia; se ha llorado y se han lucido los mejores lutos, atribuyéndose todo, quizá egoístamente, a la pérdida del ser querido, sin pararse a pensar si el que muere pierde algo o gana TODO.

Viendo las cosas bajo este prisma, que yo personalmente considero muy cristiano, por qué no acelerar la partida del que ya irremisiblemente la ha empezado. Por qué no concederle la felicidad del gozo divino, unos minutos, unas horas o unos días antes.

El principio moral dice: "No matarás". Pero todo buen principio, para que lo sea, debe poseer buenas excepciones, y al principio "No matarás" hay que adosarle su buena excepción: "Bienaventurados los misericordiosos". Es muy distinto cometer un crimen que el desear la muerte, por pura misericordia, de una persona que sufre. En el acto de cometer un crimen, nunca hay



una razón y menos, desde luego, una razón proporcionada. En el acto de elegir libremente la muerte siempre habrá una razón y ésta, desde luego, ha de ser proporcionada. Pascal lo intuía maravillosamente : "El corazón tiene razones que la razón no tiene".

Cualquier equiparación que queramos hacer entre la muerte por misericordia y las demás muertes, no resiste la menor crítica. Desde el aborto al suicidio, pasando por la pena de muerte o la guerra. Las leyes y hasta si se me permite, la Moral en algunos casos, están completamente de acuerdo en que se llegue a la muerte de una persona por el camino de la guerra o de la pena capital e incluso por el camino del aborto. Y sin embargo, las leyes y la Moral, hasta ahora, condenan taxativamente la muerte por misericordia ¡Qué poco misericordiosos y qué interesados somos los hombres!

Para cerrar estas reflexiones, voy a pasar de mi persona como hombre a mi persona como médico. Mi corta experiencia como profesional de la Medicina y antes como alumno interno en un hospital e incluso antes como espectador de la muerte de un ser muy querido, me

ha hecho recapacitar seriamente sobre la bondad de una muerte acaecida con dignidad en las personas. Bien es verdad que el médico no puede matar; pero el médico, como fin primordial expuesto ya en el Juramento Hipocrático, ha de tratar de curar a un enfermo y de aliviar sus dolencias. Cuando ya no hay posibilidad de curación, sólo nos resta la posibilidad del alivio del sufrimiento, y hay veces en que la muerte es el único alivio que se puede ofrecer a un enfermo. "La clase médica desapruueba la eutanasia, teóricamente claro, porque un gran número de ellos la practica clandestinamente, claro" (Joseph Fletcher).

Debo acabar con las palabras del principio: El hombre está condenado a ser libre y a aceptar su libertad. Hay que saber ejercitar esa libertad y no hay que olvidar su sombra. Todos los hombres tenemos la libertad de elegir nuestro camino hasta el final; el final siempre es el mismo; los caminos son muy diversos y cada cual elige el suyo, porque ...CADA HOMBRE ES UN MUNDO DIFERENTE.

Además de intentar COMPRENDER A DIOS, hay que intentar COMPRENDER A LOS HOMBRES.



JUAN RAMÓN

NACIMIENTO

*"Nací en Moguer -Andalucía- la noche
de Navidad de 1.881".
J.R. Jiménez*

Contenta está la luz por un aliado
que, alado, le ha traído la blancura,
que en pared y en balcón y en la hermosura
de la cal de Moguer se la ha encarnado.

Le quieren dar nombre de enamorado.
Parece que lo pide la criatura.
Y encuentran el de "Juan", nombre de altura.
El escritor que más alto ha volado.

Viene el árbol y quiere también parte,
adivina una rama verdadera,
en luces florecida, ardida en arte.

El pequeño andaluz callado espera.
¿Con qué nombres, por fin, quieren nombrarte?
Y le añade "Ramón" la primavera.

Juan M. Robles Febré

JUAN RAMÓN

MUERTE

Río Piedras (Puerto Rico), 29 de Mayo
de 1.958.

Con los ojos cerrado, dulcemente
zambullido hacia dentro por la cita,
este andaluz universal medita
un encuentro que espera lentamente.

Vienen la luz y Dios. Humildemente
le entrega su tarjeta de visita:
"Juan Ramón", una forma de eremita
por la belleza y el amor demente.

Y los dedos de Dios sobre la esquina
de la humilde y verde cartulina
dejan caer el nombre en su regazo.

Sonríe Juan Ramón y el llanto nieva
su barba de cristal, porque Dios lleva
"Platero y Yo", luciente bajo el brazo.

Juan M. Robles Febré

ACERCA DE LA POESÍA DE
ANTONIO ORIHUELA

A José Ángel Valente

Acogiera mi boca el temblor
de la tuya. Esa turbia
palabra que te ronda los labios
y clava
cuatro cruces de luz en la rosa
de tu manso paisaje.

Abierta
como a brasa la bebiera.

Qué abismo escaparía
a la lengua voraz de mi memoria.

Ada Salas



el espejo



El otoño de las rosas. Francisco Brines

Hay libros que se escriben sobre la carne misma.
Son esas cicatrices que nos hablan
y sangran
cuando el tiempo se rinde a su derrota
un puñado de signos que apenas
comprendemos

y eran el beso intacto de la vida

Ada Salas

ACERCA DE LA POESÍA DE ANTONIO ORIHUELA

Ramón Pérez Parejo

Ocurre con los grandes pensadores que el lector percibe los mecanismos de su pensamiento, las órdenes de su mente dirige a su mano, los entresijos, las encrucijadas y la sintaxis de su conocimiento. Al leer la poesía de Antonio Orihuela (Moguer, 1.965), y aunque no se le conociera personalmente, también se descubriría su forma de pensar, su forma de ser y, por supuesto, su visión del mundo, del arte y de la poesía. Por tanto, comencemos por afirmar ésto: la poesía de Antonio Orihuela le delata, le expresa, le dice. Él escribe sus poemas y, como en una interacción perfecta de fluidos, sus versos le escriben a él. El Ser se muestra, diría Heidegger.

Tal relación entre autor y obra nos obliga a ofrecer algunas notas biográficas de Antonio con las que comenzar a interpretar el que hasta ahora es su único libro de poemas editado, *Perros muertos en la carretera*, (Sevilla, Ed. Kronos, de la Asociación Crecida, 1.995) si bien daremos algunas notas de su producción inédita.

Los inicios en el mundo del arte de Antonio Orihuela parten de numerosos experimentos de "activismo artístico" en torno a los primeros años de la década de los 90. Entre sus actividades podrían citarse los happenings, conciertos, escultura, diseño artístico, representaciones teatrales de vanguardia, etc. No obstante, en el terreno más estrictamente literario, Antonio Orihuela muestra especial predilección por la poesía visual, de la que hallamos varios ejemplos en *Perros muertos...* que dan ya una idea de esa directriz artística. Pero además, esas muestras adelantan o predicen una serie de datos relevantes:

uno, la relación indisoluble que para el autor tiene la imagen y la palabra, sin necesidad de que uno de ambos términos esté a expensas o subordinado al otro: ambos muestran una cohabitación perfecta; en segundo lugar, la presencia de la poesía visual adelanta en su poesía letrista varios aspectos de interés: el muy cuidado diseño tipográfico en los versos, la cadencia, el ritmo versal y el acertado empleo de los espacios en blanco; por último, la poesía visual da idea de la concepción absolutamente abierta de su arte, donde se pueden ver mezclados los más variados tonos y estilos con el fin de crear un arte absolutamente libre, desligado de ataduras formales y genéricas. Parafraseando a Humboldt, para quien " *el hombre vive con los objetos como el lenguaje se los trae*"(1) , se podría decir que Antonio Orihuela siente la creación tal y como el arte le acerca los objetos.

Quizá por sus orígenes y su formación vanguardista, la poesía de Antonio Orihuela mantiene al lector en un continuo sobresalto. El poeta busca el extrañamiento en todo momento, con el cual desautomatiza los hábitos de lectura. Esta actitud se percibe en todo el libro y aún en el resto de su producción poética, convirtiéndose en una máxima. Sabemos que la escritura, el propio acto de ponerse a escribir, impone ya una cierta retórica, una determinada relación con las cosas a través del lenguaje que el autor debe romper a toda costa. El poeta debe transgredir las normas implícitas que le impone la escritura para, de este modo, alejarse del ceremonial que separa a la palabra de la vida; debe, por decirlo así, " *escapar del templo de la escritura*"(2) . No se trata pues de reflejar un

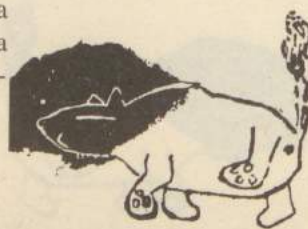


mundo poetizado sino, todo lo contrario, de ver el mundo a través de la poesía interior. La poesía está dentro, y no fuera del poeta. o, como dijo Antonio Orihuela en una ocasión, cuanto más busques fuera de tí, más cerca te hallarás de tí mismo; en la cima de la montaña uno se encuentra consigo mismo, y al final de todos los viajes sólo quedas tú. Por tanto, se puede afirmar que, del mismo modo que Adán configuró el Cosmos a partir del Kaos a través del lenguaje (es decir, poniéndole nombres a las cosas y, de este modo, separando unas de otras) así el poeta ordena la realidad a través del filtro de su poesía interior. Como bien expresa Pozuelo Yvancos, el sujeto de la lírica no es el que habla de sí mismo, sino desde sí mismo(3).

Hemos llegado hasta esta cuestión porque la creación poética de Antonio Orihuela imprime, por encima de todo, una sensación de sinceridad. Detrás de todas las formas, de todos los estilos, de cuantos intentos de poesía visual existen en el libro, detrás de los homenajes o de las ironías, se halla y late la voz de alguien que habla desde sí mismo. Como el propio poeta escribió en una conferencia, quizá el destino de todas las vanguardias esté abocado a su fosilización, más aún en la sociedad capitalista en que vivimos; por éso, quizá quede sólo la voz personal entre la maraña; una voz, la de Antonio Orihuela, que por su intuición y fuerza poéticas sobrevive a todos los estilos. La palabra, y no el disfraz con que se vista, es importante que sobreviva; da confianza y augura futuros aciertos.

Vamos sin más demora al contenido de *Perros muertos*. En principio, se puede afirmar que estamos ante un libro de madurez (poética, se entiende). Digo ésto porque estamos ante un libro completo, afirmación que intentaré argumentar. En él se vislumbran ya todos los estilos, temas y formas de su poesía posterior, inédita para desgracia de los lectores. A pesar de una primera sensación de heteroge-

neidad temática, lo cierto es que, en el proceso de lectura, el libro imprime una sensación de unidad que se percibe en pocos libros de poesía. Varios factores contribuyen a justificarlo. Por una parte, el libro se enmarca dentro de unas coordenadas espacio-temporales muy concretas. El tiempo se sitúa en torno a 1.992-1.994. Se habla, por ejemplo de una visita del Papa a la provincia de Huelva de la que se dice -no sin ciertas dosis de ironía- que quedaron algunas "golondrinas muertas" (p.47). En cuanto al espacio, el libro se sitúa en un centro que coincide con la comarca de las Vegas Altas de Badajoz (se mencionan Medellín, Villanueva y Magacela) desde donde parten diversas excursiones de ida y vuelta a determinadas zonas de la región extremeña (Alange, Almoharín, Trujillo, Olivenza, Mérida), de Huelva (Santa Olalla, Moguer) y de Portugal (Elvas, Setúbal, Lisboa). Esta lista, que pudiera parecer gratuita, se expone aquí para ofrecer ciertas facetas del libro y de su sujeto lírico. En primer lugar, el poemario se articula como una road-movie, es decir, un libro de viajes; pero, no nos confundamos, el viaje se realiza por el exterior y por interior del poeta. Los distintos lugares le dan cuenta al poeta de sí mismo. En segundo lugar, quisiera destacar que, lejos del afán descriptivo que se apodera de ciertos poetas del "terruño", Antonio extrae de los lugares la magia que tienen si apenas necesidad de describirlos. De nuevo es su voz-mirada, en plena fusión con el lugar, lo que consigue expresar y acaparar la esencia de los sitios. Por último es interesante destacar la preferencia del poeta por situarse en la atalayas, en los castillos y fortificaciones de dichos lugares, desde donde se adueña del paisaje -como si de D. Fermín de Pas se tratara-, de tal forma que lo domina y pinta con su lírica. Sin embargo, a pesar de las determinadas coordenadas espacio-temporales, hemos de advertir que el lector no se encontrará aquí con ninguna especie de poesía panegírica o bucólica tradicio-



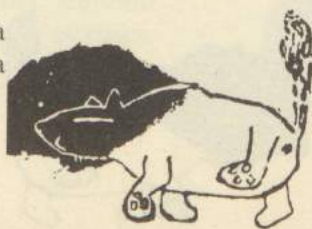
nales. Todo lo contrario, el poeta utiliza esos lugares como mera excusa para reflejar una anécdota vinculada a un estado de ánimo determinado. Tanto es así que en diversos poemas se entrecruzan varios lugares y tiempos mediante flash-backs o flujos de lugares y tiempos, técnica que sin duda tiene un alcance cubista. A esta sensación contribuye también el especial tejido de los tiempos verbales. Veamos algún ejemplo: *"Una tarde de domingo/nos sacaste una foto.// Aún estamos./ Mirándote los dos."* (P.67); *"Te he vuelto a ver...// Aún comíamos ostras. Aún hablábamos largamente"* (p.69); *"... Y el día,/ que tú estés/ en tu mesa,/ por qué dura aún?..."* (p.74).

Estos desfases cronológicos están relacionados de algún modo con la fotografía, otra de las aficiones del artista. Y aún otra puede acercarnos a su poesía; me refiero a su relación profesional con la arqueología. La búsqueda de misterios bajo la tierra se convierte así en una alegoría de su actividad artística, en la cual también busca denodadamente la palabra justa, la impresión depurada de todo artificio. Una búsqueda de la palabra exacta que, junto con el carácter innovador, une la poesía de Antonio a la de su ilustre J.R. Jiménez.

Hablábamos de la unidad del libro. Además de lo ya expuesto, otras notas temáticas apuntan en esa dirección. Así, por ejemplo, el eje temático que da título al libro: los perros, tema que perdura aún en su producción inédita. El título, evidentemente, aún el motivo del viaje con el de los perros; les relaciona mediante una casualidad trágica: perros muertos en la carretera. Quizá ningún poema, por sintética, como el de la p. 106 condense la visión del poeta:

*"Un perro atraviesa la carretera,
un coche pasa por la carretera."*

He aquí una muestra de la desnudez sugerente en la poesía



de nuestro autor. Entre las dos proposiciones del texto vaga la casualidad, el destino, el paralelismo trágico de la vida. Aunque el motivo del perro posea un carácter real (Antonio tenía un perro, Rocky, que aparece en varios poemas escuchando el soliloquio del poeta), lo cierto es que el tema en cuestión toma el cariz de un símbolo recurrente. Porque, realmente, el perro al que se refiere Antonio es el perro vagabundo que busca desesperadamente a su dueño, es decir, un sentido a su vida, una razón o una atadura por la que merezca la pena vivir y morir. Por tanto, el perro vagabundo se convierte en una especie de alter-ego del sujeto lírico. El poeta, en su road movie, en su vida itinerante por la carretera, busca también su razón de ser. Sin embargo, por esa casualidad de la que hablamos, el vagabundo, el errante, el ermitaño, se encuentra a merced del coche que pase por la carretera, del viento que sople, de un destino incierto y, la mayoría de las veces, cruel. Por último, llama la atención las numerosas referencias a topónimos, nombres concretos de los pueblos, incluso nombres de carreteras: El vagabundo, el ser perdido o desorientado por el mundo parece necesitar de esos lugares, necesita designarlos en un afán inconsciente por aferrarse a ellos, por buscar tierra donde enraizar los pies, si bien al final el poeta debe proseguir su viaje y de los lugares sólo quedarán los nombres. Estas notas temáticas, junto a otras reflexiones que también aparecen desarrolladas por todo el libro -las referencias a la madre, a la amistad y al propio hecho de escribir- dan ya una idea nítida de la preocupación del autor por dotar de una férrea homogeneidad al libro.

De cualquier modo, los temas no acaban ahí. Como poeta de su tiempo que es, Antonio Orihuela dedica algunas de sus composiciones a extraños encuentros pseudo-amorosos en una gran superficie, o al mundo interior de los bares nocturnos, microcosmos en donde, como



él confiesa, hay más poesía que en muchos libros, sobre todo cuando avanza la noche y aflora el inconsciente: recordemos que ya los griegos preconizaban la perfecta simbiosis en las artes de Apolo (la simetría) y Dionisio (la furia, el genio, en el sentido clásico), y en los bares habita el segundo. Este tema, tratado siempre con ciertas dosis de humor, ya se vislumbraba en los inicios artísticos de Antonio cuando en 1.991 fundó en Moguer junto a Jesús Vázquez un grupo artístico denominado "Mi novia la barra".

Otros temas y estilo cohabitan en Perros muertos... Me detendré en especial en el tema del tiempo, tratado, a mi juicio, desde una óptica absolutamente pesimista, estado interior o perspectiva que recorre todo el libro. Este tema aparece siempre relacionado con el mito del regreso a la infancia, con la exaltación de la amistad y con cierto menosprecio por la vida de las parejas estables. La infancia y la amistad son vistas como un bien (en el sentido de posesión) a punto de perecer o finiquitar por culpa precisamente de la edad. Esta pérdida se considera irreparable e irreversible. La infancia, en concreto, es tratada como un espacio de la vida donde "aún queríamos luchar" (p.39), mientras que la vida adulta o la vejez son tratadas con recelo y desconfianza como "un estado reflexivo. // y nada más." (p.63), o un "otoño para siempre" (p.109). Así las cosas, y ante la imposibilidad de cambiarlas, el poeta percibe el paso del tiempo como un derroche que desemboca en el olvido (p.82).

Asimismo, quiero destacar la destreza que demuestra el autor tanto en los poemas extensos como en los más reducidos. El poeta muestra igual cuidado en la estructura de ambos casos. No obstante, asombra la habilidad para resolver los poemas cortos, basados en una impresión, en una metáfora brillante. En estos casos se aprecia la concisión, la capacidad de síntesis, la pureza, el

manejo del arte del silencio poético. Recordemos que, según J.A. Valente, la poesía es el arte de la composición del silencio y "un poema no existe si no se oye, antes que su palabra, su silencio"(4) Los poemas cortos de Antonio Orihuela parecen tener tres raíces o fuentes: una, popular; otra, dentro de la tradición del poema de impresión, cercano a la manera del haiku; otro, dentro de la tradición mística de un San Juan o un Miguel de Molinos. Veamos algunos ejemplos:

*"Qué decirte, tristeza;
a tí que habitas, a ambos lados
de mí mismo",*

(p.96)

*"En el estanque, agitado,
sólo el yo
se refleja."*

(p.110)

*"Me metí en la noche
y no dí pie"*

(inédito)

*"Me digo, entonces,
que estoy en donde había estado,
y que no hago
sino sentir*

lo que había venido a sentir"

(inédito)

Otros ejemplos pueden verse en pp. 28, 31, 59, 67, 107, 106. Obsérvese el estilo impresionista de los dos últimos, de claras reminiscencias místicas, incluso en el último con el recuerdo del ritmo de la lira. Como dice R. Barthes(5) refiriéndose a la lírica de los poemas cortos japoneses, en este tipo de poemas queda suspenso el sentido; no es conveniente rellenarlos de palabras o de comentarios, sino que su esencia radica en imprimir un estado, una sensación de espíritu donde deben sobrar las palabras.

En esta línea vamos a destacar el ingenio del poeta para crear y resolver metáforas, lo cual debe ser ya una buena carta



de presentación. El libro está repleto de ellas asomándose a las páginas como fuegos artificiales. Casi todas ellas se basan en impresiones visuales, otra deuda más de la filiación de la poesía visual del artista. Entre sus metáforas, algunas se sitúan en una tradición próxima al surrealismo provocador que recuerdan los años de juventud de Lorca, Buñuel y Dalí: "El mar, /tu pijama de la casa,/ y tus caderas, que parirán robustos peces." (p.34). En esta otra, resuelve de Rocky, su perro, jugando en una playa al caer el sol en los siguientes términos: "cuando ahora veo correr sobre las playas/ su ímpetu de bronce" (p.47). O ésta, en la que condensa de un plumazo un instante de felicidad: "pedimos dos cafés en Almoharín./ Una boda bajo los pórticos." (p.60). Y ésta otra, con claro tono y ritmo neopopular: "Son callejones/ mis cinco sentidos / por fiarme de ellos/ ando perdido" (p.92).

Como vemos, son muchas las aportaciones de la poesía de Antonio Orihuela, muchas sus sugerencias y directrices. Este pequeño estudio no puede ni siquiera mencionarlas, mucho menos profundizar en ellas como sería conveniente. No obstante, hemos pretendido señalar la riqueza temática y estilística que contiene. Para finalizar, sólo voy a intentar extraer de sus poemas lo que pudiera ser un intento de poética del autor. Dijimos que la unidad del libro estaba salvaguardada por la presencia en él de unos temas recurrentes en el espacio y en el tiempo; unos temas que, además, estaban interrelacionados. Ya señalamos en su lugar otro leit-motiv, uno de los más importantes, que también apunta a esa unidad; me refiero al carácter metaliterario de algunos de sus poemas. En efecto, varios poemas hablan del propio acto de escribir y de la relación del poeta con su escritura. En principio, y a pesar de que el carácter lúdico del arte está presente en toda creación de vanguardia, Antonio Orihuela trasciende el hecho de la escritura. El poeta necesita las palabras para reflejar su

propio yo. Pero las palabras, -entiéndase- no están al servicio de nada, de la descripción o de la narración, sino que se convierten en un acto de salvación para el poeta. La escritura salva las cosas del olvido (pp.48, 70); por eso, quizá, el acto de escribir sólo aprovecha a las ánimas (p.70), y está relacionado con la muerte de los hechos y experiencias vividos. El poeta es consciente de que la visión de las cosas desde la perspectiva del creador ha de ser necesariamente filtrada por los mecanismos del lenguaje poético, de tal manera que la vida es en blanco y negro (p.32). Es entonces cuando la escritura se convierte en la recuperación de lo vivido y deviene en un acto de salvación, de las cosas y del propio sujeto lírico, el cual está obligado a escribir para salvarse, para "no pegarme un tiro en la boca" (p.52). No es mal punto de partida, como dice Guillermo Carnero(6):

*"No perecerá
quien sabe que no hay más que la palabra
al final del viaje"*

1. HUMBOLDT, Wilhem Von, Wrekw in fünf Bänden. Vol. III, al cuidado de Andreas Flitner y Klaus Giel, Darmstad, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1.963, (5 ed. ; 979), p. 434, trad. por J.M. Valverde, en prólogo a Humboldt, Escritos sobre el lenguaje, Ed. Península, 1.971, p.61.

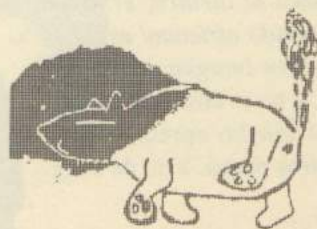
2. BLANCHOT, Maurice, El libro que vendrá, Caracas, Ed. Monte Avila, 1.969, pp. 231-232.

3. POZUELO YVANCOS, J.M., Teoría del lenguaje literario, Madrid, Ed. Cátedra, 1.988, pp. 195-225.

4. VALENTE, J.A., Entrada en materia, Madrid, Ed. Cátedra, 1.985, p. 177; corresponde al poema "Cinco fragmentos para Antoni Tápies".

5. BARTHES, Roland, El imperio de los signos, Ginebra, Ed. Mondadori, 1.970.

6. CARNERO, Guillermo, Ensayo de una teoría de la visión, Madrid, Ed. Hyperión, 1.983, perteneciente al poema "Ostende".



HISTORIAS DE MELÉNDEZ

Bernardo Víctor Carande

El paisano Meléndez.

He vuelto a Ribera del Fresno una vez más. A la orilla del Fresno, su arroyo, y a ver el fresno que llevé allí para plantarlo junto a un busto de Juan Meléndez Valdés. El paisano Meléndez. Se le sigue dando muchas vueltas a la noción de si existe o no una cultura extremeña, un hecho cultural diferenciador de nuestro país, pero haciendo a la vez poco caso a nombres, figuras, hitos, de nuestra historia cultural, como Juan Meléndez Valdés. Y no es el único. En estos casos siempre recuerdo a otro extremeño, tan ilustre y tan olvidado: Manuel Godoy.

Juan Meléndez Valdés (1754-1817) fue a la vez todo y nada en la España de su tiempo. Aún diría más, en la Europa de su tiempo, pues los últimos años de su vida los tuvo que pasar, amargamente, en el exilio. Meléndez fue poeta, prosista, catedrático (de Humanidades en Salamanca), ministro (de lo criminal), oidor de la Chancillería, fiscal, magistrado, académico, consejero de Estado, presidente de comisiones, economista, juriconsulto y filósofo... Por cualquier parte que se le aquilata su figura tiene interés, sumo interés.

También fue enciclopedista, liberal y afrancesado. ¿No estaría en una de estas últimas razones el motivo del olvido en el que se le ha tenido? Eso, por ejemplo de ser liberal (llegó a escribir un verso que decía: "todos tus hijos somos:/ el tártaro, el lapón, el indio rudo,/ el tostado africano/ es un hombre, es tu imagen y el mi hermano...") no es cosa que haya gozado de mucho aprecio por entre nuestros pagos. Y lo de ser

afrancesado... ¡Oh!

Pues nunca sería tarde, y fiscales, jueces y magistrados hay unos cuantos, fuera y dentro de Extremadura, para dedicarle, por ejemplo, un simposio, por ejemplo en Ribera del Fresno, su cuna.

Meléndez impetra la lluvia.

De éxito en éxito, o de destierro en destierro, que Meléndez lo conoció de todo, como buen españolito paragónico no se olvidó jamás de la agricultura. Él, como buen voltariano inconfeso (y mártir) sabía bien que no se puede ir hacia otro valor social si no se parte del escalón inicial, como en los edificios sólidos, de la agricultura. y el único problema de la agricultura (salvo los demás obstáculos que les quieran, y se le ponen, poner) es... la lluvia.

Meléndez Valdés, español prototípico. Hubo hasta quien opinó -así está el patio- a la vuelta de sus restos a España para compartir mausoleo con Donoso Cortés, Moratín y Goya, que mejor estaban sus cenizas en el Manzanares. El quien se llamaba -recojo el dato de Georges Demerson- Ciria y Nasarre. Ahí queda éso.

Pues bien, Juan Meléndez Valdés nunca olvidó la agricultura por su cortesana y ajetrejada vida, añorándola:

*"Los campos que labraron mis abuelos,
las esperanzas mías/ colmarán
y mis prósidos desvelos..."*

Dolido de su estar cortesano:



"Yo corro de mis males/ la lamentable suma; y congojoso/ de miseria en miseria me despeño..."

Y a la lluvia impetra de una manera que, como si fuera un zahorí o un brujo, vamos atraer aquí, haciéndose eco de ello, a ver si las nubes se conmueven:

"Ven pues, ¡oh!, ven y contigo/ la fausta abundancia trae/ que, de frutos coronada,/ regocije a los mortales..."

Batilo acerado.

Desde muy pronto, en Salamanca, como poeta, se le conoció a Meléndez Valdés como "Batilo" (una égloga así) por un cenáculo de escritores que así gustaban mentarse (Arcadio, Jovino, Niseno, Delio, Mireo...) a la arcádica manera. Pero aproximándose a la obra (o sea, leyéndola) de Jovellanos, Moratín o Meléndez, hay algo más, mucho más, que bucolismo contemplativo.

La obra toda, poética o no, de Juan Meléndez Valdés es algo más, bastante más que "blanda, meliflua o sensual" como la califica Alborg. Coldford y Demerson saben mucho de ellos. Hay algo más que gracia, amabilidad o erotismo, mismo en su poesía (su prosa se encuentra aún bastante poco estudiada) y aún algo más que moraleja o filoso-

fa. La poesía de Meléndez es mucho menos anacrónica de lo que parece. En ella hay una constante defensa, o denuncia, de algo. Meléndez llega a ser, en muchos de sus versos, conciso y acerado. Así señala, verso a verso, las "mil doradas carrozas" de entonces, "las empenachadas cortesanas", los "teatros de lujos y maldades", los "sabios corrompidos", el abandono de los campos, la postrada situación del artesano o el agricultor, el desprecio, por parte de la sociedad, del extremeño:

"Aislado en su hogar pobre, le circundan sendas impenetrables; el altivo inútil ciudadano le desdeña..."

Si él pudiera volver a su huerta (a Ribera sólo volvió -1.774- a enterrar a su padre), si él pudiera...:

"Mi huerta abandonada, que apenas ora del colono siente en su seno la azada..."

Repito, hoy se hace preciso en defensa y loor de Extremadura el volver a Juan Meléndez Valdés; que su lectura muchos de nuestros fantasmas disiparía.



EL GUARDARROPA DEL TIEMPO

(Una aproximación al libro de José Antonio Zambrano:
Diario de los sitios, Del Oeste Ediciones, Badajoz 1995)

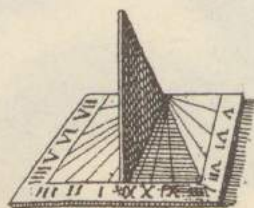
Alonso Guerrero

Diario de los sitios, un libro de poemas que versa sobre el tiempo, fue escrito y corregido a lo largo de casi diez años. Quizá éste sea el procedimiento más cabal -por no decir el único- de abordar, merecer o dirimir la opacidad de la memoria. Escribiéndolo, José Antonio Zambrano ha resuelto una tentación barroca, ha experimentado hasta dar con la grandeza de lo simple y con la complejidad de lo titánico, ha leído, borrado, reescrito, olvidado... En otras palabras; ha ido envejeciendo. Su libro no ha sido construido como una catedral o un laberinto, sino más bien como las dunas del desierto o los lechos de los ríos, por manos involuntarias. La inteligencia del poeta consiste en dejar que trabajen los elementos, en plantear la construcción como una continua restauración. En este sentido, su poesía es una teología: discute y actualiza el valor de un misterio.

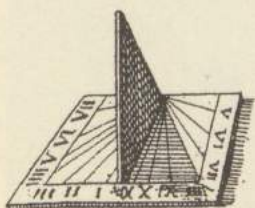
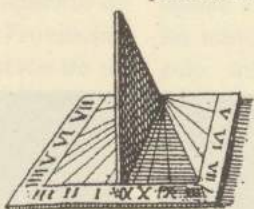
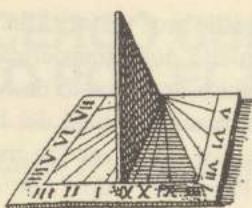
Ahora bien, el paso del tiempo inicia un engranaje humanístico, por no decir humano, que produce secuelas. No hablamos del tiempo físico, diamantino, sino del que graba, a veces con un estilo despuntado, en las débiles pizarras de la vida humana. De las cinco partes en que el autor ha dividido su libro, sólo el título de la tercera -y axial: "Diario de los sitios"- no desvela los azotes, las añagazas, el discurso del paso de los años. Los cuatro títulos restantes contienen alusiones hermenéuticas y suposiciones del tiempo: "victimario" (I), "profanación" (II), "erosión" (IV) y "lutos" (V). ¿Cuáles son las razones que nos llevan de una parte a otra, que las relacionan a todas entre sí? El poeta trabaja sobre la base de la variación. Ofrece facetas indirectas de un

paisaje que, en definitiva, nadie ha recorrido dos veces. Lo más novedoso -y lo que más interesa al crítico y al lector- quizá sea la posición del poeta. Pese a que se trata de un desenmascaramiento, algo iniciado -el poemario- con la voluntad de comprender, no de transgredir o destronar, tal posición podríamos decir que raya en el quietismo. Investigación sobre la memoria que incluye a la palabra, al lenguaje poético y a las razones de ese lenguaje, el libro de Zambrano nos propone un estilo y una metáfora inevitables y fugitivas, hechas al mismo tiempo que el tiempo se hace y casi con el mismo propósito con que Schelling inventó un verso que se ciñese a la respiración alemana.

Aprehender la brevedad misteriosa de la vida, mediante un intenso trabajo de vigilante, supone una noción tan precisa como instintiva de lo infinito. Como hemos apuntado, el libro está repleto de variaciones, lo que prueba que la diversidad de los caminos que el escritor inicia le llevan siempre a los mismos lugares. Por ejemplo, en (II,2) el cromatismo desvela el tiempo interior del poeta: "mientras el sol anuncia su aventura/ de plata (...)". En esa aventura vuelve a ser cromática, pero en un sentido ajeno, que corresponde al mundo: "Tal vez la luz del alba, la aventura/ candente del rastrojo,". Igualmente el tiempo, por ser intransferible y vivencial nunca es palpable por la historia: el tiempo, todo el tiempo, muere con cada hombre. Así, en (II,4) presentamos la gran paradoja de cómo la debilidad humana extrapola, sólo para arrojar en la su indigencia, una eternidad inalcanzable: "y el sorbo de su culpa/ como esquema sin



orden que ve pasar la Historia". Esa Historia en mayúsculas, sobrehumana, vuelve en (III,3): "Porque incitante al claro/ resplandor de la hoguera el sueño se desliza,/ extendiendo transido el envés del entorno/ que a cada cual la Historia alguna vez repite". La máxima de Churchill: "La civilización que olvida su historia está condenada a repetirla", crea -para Zambrano- un conflicto insalvable en relación a la historia personal, a la vida ciega y mortal del hombre. La clave, la intersección de esas dos posiciones tan excelentes que plantea *Diario de los sitios*, la unión de dos opuestos que para Aristóteles definía la tragedia: lo imposible y lo necesario, aparece en (IV,6), poema encabezado por una cita de Caballero Bonald: "La vida exige siempre empezar a vivirla". En él, Zambrano encubre, pero también ensancha su relación con lo único que puede salvar: la palabra. En la última parte de *Como una presunción*, un libro anterior, pero de elaboración más reciente, nuestro autor ya asumió esta tabla de salvación. ¿Qué es la palabra? Capitulación y redención, sombra y materia, acción y contemplación en manos de alguien que sabe manejarla. En otros términos: la palabra ofrece la posibilidad de digerir, aclarar y repetir la vida, de escuchar y ordenar lo que para Mandelshtam era el rumor del tiempo. Por eso el barroquismo de *Diario de los sitios*, su criptografía, son gritos y ecos que el poeta lanza y devuelve desde un lugar que lucha por erigirse en universal, desde un tiempo -el exiguo tiempo de la vida- que lucha por convertirse en eterno: el lenguaje poético, que en cada gran escritor es siempre distinto, constituiría un fracaso si no hablase a todos los hombres desde la anomalía, puesto que para cada cual es intransferible



y acuña símbolos inservibles a los demás.

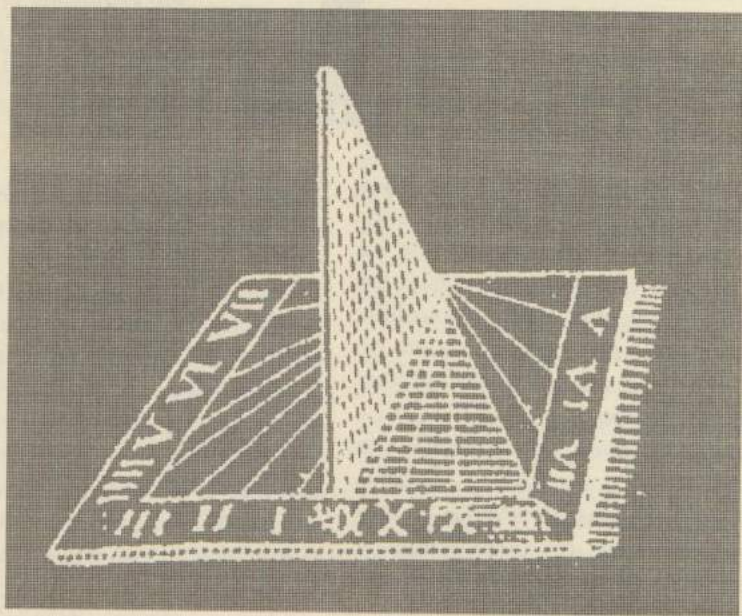
Sería redundante decir que todo poemario sincero y riguroso, al margen de su grandeza, incrimina a toda la poesía anterior y al propio modo de hacer poesía: su cañamazo es una poética, así como su valor de riesgo. La palabra, el lenguaje, la poesía, en *Diario de los sitios*, inaugura una corriente subterránea e indirecta, pero palpable, en casi la totalidad de los poemas. "Desde su mundo/ la palabra me exilia y me conmueve" (I,1). "Qué soledad la danza del poema" (I,1). "Volveré a la palabra como góndola muda/ del invierno, como pascua y geranio," (I,5). "Mi obstinación de ti,/ lo que dispongo al vaho de la ficción" (II,5). "El verso que es plural, avidez de mi centro/ donde las cosas ganan su tristeza de otoño" (III,2). "Es de la noche mi remedio estridente/ al proclamar rendido la voz de mis desmanes" (III,4). Y por fin, en (III,5): "Es el poema -trozo y no estamento- / el que verterá amor de herencia y de alegría". La continua advocación a la palabra, única capaz de establecer un orden fantasmal en la vida, quedará pertinentemente explicada en dos poemas de la cuarta parte. Uno ya ha sido aludido, el sexto. En él, Zambrano desliza las suficientes balizas para que entendamos su posición ante la escritura. La vida no puede ser tolerablemente vivida, pero sí escrita. La escritura proporciona una cota de revisión desde la cual la vida, la memoria, el yo, son apartados del caos y dispuestos en la página. "La convicta costumbre de las olas/ que con temor deslucen mi desorden/ banal, la quiebra torva de lo escrito,/ lo que fue dado hablar alguna vez/ porque la vida casi me murmurara/ empezar a vivirla".

El otro poema es el (IV,2). En él leemos una de las afirma-



ciones más lúcidas y nihilistas que puede provocar la poesía: "Y el soplo simulado del rocío/ que atestigua y apremia mi única verdad:/ la que aún no conozco". Tal afirmación, que parece una apuesta por el futuro, va dirigida, sin embargo, hacia el pasado. Poesía del conocimiento y poesía del orden son la misma. En *Diario de los sitios* toca virtualmente los grandes temas que definen al hombre: el amor, los sueños, la muerte... todo afianzado bajo esa esfera inconsútil que supone, para el poeta, la seguridad de que al ser

escrita la vida es inventada, interiorizada, transferida sólo por unos cauces de anexión al resto de los hombres. El autor, en una nota final del libro expresa su deseo de que éste sea "la mejor manera de restaurar los olvidos", de dejar que la vida siga, de seguir viviéndola. De su quinta y última parte, titulada "Los lutos" podría decirse lo mismo que del último acto de Peer Gent, de Ibsen: que transcurre ya después de la muerte, en el otro mundo.



EL CERCO OBLICUO, UN PASEO POR EL LABERINTO

Hilario Jesús Rodríguez Gil

En *Camino de Jotàn* (Del Oeste Ediciones, Badajoz 1.994), último de los libros publicados hasta el momento por Gonzalo Hidalgo Bayal, el escritor extremeño mantiene que "en la historia de la literatura universal, el primer principio narrativo ha sido, en términos generales, el principio de viaje, sencillamente porque conjuga el tiempo y el espacio, es decir, porque acomoda la sucesión temporal a la diversidad escénica". Tal principio, sin embargo, aunque sea fácilmente aplicable a su primera novela, *Misera fue, señora, la osadía* (Departamento de Publicaciones de la Diputación Provincial, Badajoz, 1.988), donde la incoación de un viaje es la base principal de la trama, en modo alguno serviría de molde a la siguiente, *El cerco oblicuo* (Editorial Calambur, Madrid, 1.993), sencillamente porque en ella desaparecen casi por completo la temporalidad y el espacio, pese paradójicamente al reiterativo uso que se hace de ellos; ningún ardid mejor para evitar decir que agotar las palabras. En ese sentido, ya desde el principio los hechos en *El cerco oblicuo* se ciñen a una época o linde impreciso donde la vaguedad es precisamente certeza, "hace unos años, en un tiempo en que la conciencia del hombre adulto y la esterilidad de una madurez plena, centrada en sí misma, vertida sólo en la complacencia de cierto reiterado desdén y en alguna presunción tan secreta y oscura como anónima, despojaban de ambición la mediocridad y socavaban los cimientos inconcretos de mi entereza". Sería éste, por tanto, el territorio vital de esa media distancia de la que habla Alejandro Gándara en su libro

homónimo, ese punto de la existencia, luego de haberse agotado las posibilidades (o pretensiones) de permanecer anclado a un instante, una circunstancia, en el que, incapaz de vivir pero todavía vivo, el hombre, en este caso Severo Llotas, debe evitar un decurso "imperfecto, monótono, deforme", aunque únicamente sea a base de perfección geométrica. Su vida, consiguientemente, la ha transformado en una serie de invariantes combinatorias capaces, cuando menos, de hacerle sentir que algo suyo opera en el devenir, evitando la tajante lógica de la recta como abreviatura de los trámites existenciales. Para ello, el triángulo, trazado a partir de la oblicuidad de uno de sus ángulos posibles (pues "a la perfección del triángulo se impone la magnitud del ángulo"), rompe incluso los recorridos que hace a través de las calles de Madrid, paradigma del laberinto donde, de igual modo al Dublín de Ulises o al alucinado paisaje de *El Proceso*, trasunto de Praga, la condena se ciñe a deambular sin posibilidad de hallar una salida o una solución a un inexistente arcano. Conque aún el espacio se circunscribe al trazado de un cuerpo geométrico, sacrificando de ese modo la diversidad en aras de la perfección.

Bajo todo este esqueleto argumental que sirve de soporte, ya que no de resorte, a la historia fluctúa una premisa existencial lastimera y abrumadora por cuanto de inexorable tiene su conocimiento: "el hombre experimenta ante la imagen de una cosa pasada o futura la misma afección de gozo o tristeza que ante la imagen de una cosa presente", porque la imagen es siempre la antesala temporal





del acto y sólo en la ejecución de este último se agota la posibilidad de perpetuar el olvido, garante de que cuando algo se repita lo haga como si fuera la primera vez, máxima, por otra parte, deudora de la Ética de Spinoza y en concreto de la asunción del filósofo de que "la desesperación es la tristeza que nace de la idea de una cosa futura o pasada con respecto a la cual no hay más razón de dudar", dado que se sabe presente. Conclusión a la que llega Severo Llotas tras sus treinta encuentros con Gloria, ante quien ya desde el principio somete su implacable lógica sobre la certidumbre, perdiendo por mor de su embelesamiento esa "libertad que surge de la conciencia del límite".

A partir del segundo capítulo, si lo pergeñado hasta ese momento acerca del narrador, cuyos trámites vitales parecen ceñirse a su trabajo en una agencia inmobiliaria, en absoluto concluía nada sobre él, apenas se sabrán a lo largo del resto del libro, de forma tamizada (y oblicua), datos sobre un oscuro pasado como activista político contrario al régimen franquista y poco más. De cualquier forma, en esta sociedad estigmatizada por el gesto la sola evolución de Severo Llotas (nombre onomatopéyico nada arbitrario, ontología sucinta de su detentador) habría bastado para encerrarlo en un axioma o, como dice él, una patología, debido a lo cual "temía que alguien, por coincidencia de horarios primero y por sospechas turbias después, se entretuviera en descifrar el sentido discontinuo, aunque ordenado, de mis pasos y, sin la menor cavilación, concluyera en enunciado severo: diagnóstico de demencia". Cabe, pues, pensar que en sus mistificaciones Severo también alienta confundir al lector, a quien llega a hacer pensar, en algún momento de la historia, que él ya no es parte de ella; falta saber entonces si ese él se refiere a Severo o al propio lector.

La trama, por llamarla de

algún modo, tiene por ende, un antes y un después.

Justo al irrumpir por las buenas Gloria Fernández en la vida, ya que no en la historia (inexistente) del narrador, éste, en su desconcierto, primero por no saber de qué le conoce, ya que menciona su nombre al hablarle por teléfono, y segundo por la red de conjeturas extrañables de ello, se ve inmerso en una particular diatriba, común por lo demás; ¿debe abandonar ahora su mundo de sombra, donde "había aprendido y padecido", con la sola presunción, ya que no certeza, de un amor, de no tratarse de una simple aventura? Cuestión no tan acuciante dado que Severo se sabe ante una de sus postreras posibilidades para inferir en su vida, de semejante guisa a Gregorio olías en Juegos de la edad tardía, novela, en cambio, que opta por la ficción como única forma de redimirse, axioma inaplicable a la pragmática mente del protagonista de El cerco oblicuo, para quien, aun sintiéndose "derrotado y sin ánimos, sumido en los engaños de la noche", sin embargo "el escenario de la realidad, su crudeza acusadora, la sencilla amenaza de su existencia, y los años de inercia, contundente en su prolongada cercanía, agrandaban el agobio de la acción y de las decisiones, las acechanzas de lo porvenir, las caricias de un futuro engañoso, cercado de pesadumbre". Pese a lo cual decide entregarse al ejercicio de la existencia aun a sabiendas de que fuera de la geometría no hay posibilidad de alcanzar la perfección, visto que en su exterior anidan las limitaciones del tiempo y del espacio.

Así comienza realmente la novela, una novela caracterizada por la inacción, donde el fulgor sintáctico del lenguaje y la precisión léxica, característica ésta última llevada al paroxismo en la anterior novela de Bayal, *Misera fue, señora, la osadía*, impregnan, a veces a modo de un tratado filosófico, de plasticidad el decurso



de los treinta encuentros de Severo y Gloria, acompañados a lo largo de todo el libro por las treinta Variaciones Goldberg de Bach o los treinta capítulos de Ay, mariposa herida, novela que lee el protagonista, hasta llegar al postrer capítulo del libro, también tocado por el trigesinismo. En medio, los juegos verbales, tan caros al escritor, siempre presto a prodigarlos, aquí más accesibles que en *Misera fue, señora, la osadía*, apartan a Severo Llotas de su perfección combinatoria para descubrir otra distinta en los miembros del círculo de Gloria, agotando poco a poco, entre sueños y persecuciones, las posibilidades de prolongar su perfección geométrica antes de tergiversar las tácticas leyes del laberinto, "patria de los indecisos", y caer definitivamente en alguno de los aspectos más prosaicos de la existencia, como podría ser el amor cuando se ha sustituido el objeto por el sujeto. Por suerte para el narrador, Gloria, de similar forma a su aparición, desaparece abocándole, no obstante, a continuar -en vez de suspenderle en el abismo de la factualidad, a la manera de Kierkegaard- hasta agotar los dígitos de la condena y ver si tras ellos se halla algo mejor. Es a la sazón cuando Severo conoce a Mona Lisa, con quien pretende prolongar la historia, merced a una suplantación de significativo, sin prever de entrada que "el ejercicio de la suplantación es siempre amargo, en él florecen simetrías impuras, los desplazamientos se atrofian, el ser laberíntico sucumbe al grado cero de la geometría y, al final, la perfección, errónea en tanto que interina, se desvanece".

Hacia los últimos capítulos del libro, tras un giro (narrativo) en la trama, cerrada la agencia inmobiliaria a causa de ciertos fraudes del jefe, a quien acaba deteniendo la policía, el tiempo, otrora disimulado por medio de la geometría, se echa encima de Severo Llotas y en menos de una página se traslada a Soria, condonada su pena a vagar haciendo triángulos (en lugar de eses) sin mediar consideración alguna al respecto, y pasan diez años.

Todo parece acabado; Severo se ha instalado "en la perfección crucial del frío", perfección que Bayal ya esbozara en un poemario anterior, *Certidumbre de invierno* (Editorial Regional de Extremadura, Colección La Centena, Mérida, 1.986), donde la muerte es el único paisaje posible llegado el momento de reconocer que aun cuando uno se esfuerza en olvidarse de que vive, la muerte sigue su curso, implacable.

Y de nuevo aparece Gloria, sólo que ésta vez "no es ya Gloria Fernández, ha sido reducida a materia". Además, ese encuentro hace el número treinta de los tenidos entre ella y el narrador, a quien la chica no reconoce, con lo cual queda en suspenso, a al manera de un problema insoluble, cómo habrá de reaccionar Severo después: ¿volverá a verla, rompiendo así la, con toda probabilidad, postrera perfección geométrica de su existencia, o no? Para entonces el lector ya sabe que el "laberinto es la patria de los indecisos" y quizá éso le ayude a él mismo, al lector, a tomar las riendas de una situación que no aspira a solucionar hacia, habida cuenta de que "las reglas de la sintaxis resultan ineficaces ante las profundas turbulencias del alma".

Mientras tanto, Severo Llotas pernoctará en la asunción de que "vivir es volver". Porque ningún sueño alienta la pretensión de hacerse vida, pero hasta el más común de los mortales, ignorante de ésto, se echa una cabezadita para recuperarse del cansancio.



JESÚS DELGADO VALHONDO EN MÉRIDA

Antonio Salguero Carvajal

Jesús Delgado Valhondo vuelve a Mérida, su ciudad natal, por concurso de traslado, en septiembre de 1.960, para tomar posesión de su plaza de Maestro de Primera Enseñanza. Fija su residencia en la calle Publio Carisio nº4, de la barriada de "La Argentina", y se incorpora al Centro Público "Trajano" el día 15 de este mes.

Nuestro poeta deja el pueblo como una liberación: había pasado 26 años en tres pueblecitos perdidos de nuestra enorme región, y estaba hastiado del ambiente pueblerino, de la falta de inquietudes, de su atmósfera cargada de trabajo y dolor. En su ciudad, a la que llega con una enorme ilusión ("*Andar a Mérida es ir dentro del alma de Extremadura*", declara), Delgado Valhondo mantendrá una actividad mucho mayor que en los pueblos, pues en Mérida, por estas fechas, se celebraban frecuentes actos culturales, cuyo centro estaba en el Liceo.

Delgado Valhondo recordaba con nitidez sus tertulias emeritenses: "*En Mérida tuve tertulia literaria con Andrés León, y escritores y artistas emeritenses. Otro contertulio de categoría científico-literaria, en Mérida, fue don Vicente Sos Maynat*", catedrático de Ciencias Naturales y geólogo. Al encuentro con este eminente investigador llegó nuestro poeta por su interés en conocer científicamente los orígenes de nuestra tierra y si poseía unos rasgos característicos, que la diferenciaran de las del resto del país. Al final llegó a la conclusión de que "*Extremadura es por sus dimensiones físicas y por esa otra dimensión espiritual una hermosa*

nación".

Nuestro poeta recobra el ánimo en su ciudad, ahora puede escuchar hablar, cambiar impresiones, abrigar ilusiones surgidas del contacto con la gente, comunicarse y sentir intranquilidades en él y en los demás: "*Tertulias, hombres con palabras en la boca, hombres que tienen algo que contarse. Hombres que se buscan en comunicaciones, aficiones, novelorías e intranquilidades. (...) Hombres que se juntan, sociedad que se crea, penas y alegrías que se reparten, amigos (...)*".

Delgado Valhondo organizará, asistirá o participará en otras actividades culturales como la revista "Olalla" y el semanario "Mérida", conferencias, recitales poéticos en el Liceo en la Biblioteca Municipal, actuaciones musicales, Pregón de Semana Santa (abril 1.960), obras de los Festivales de Teatro Clásico, Ciclos Cinematográficos, programas de Radio, colaboraciones en la Prensa y en revistas, creación de una tertulia literaria,...

A través de estas actividades, Delgado Valhondo se relaciona con la intelectualidad de Mérida: Félix Valverde Grimaldi, Santos Díaz Santillana, Rufino Félix Morillón,

Demetrio Barrero, Tomás Rabanal Brito, Manuel Sanabria Escudero, ... También desde Mérida, realiza viajes a Cáceres, para continuar los contactos con sus antiguos amigos; a Badajoz, donde va consiguiendo excelentes relaciones y allí donde reclaman su presencia, dentro y fuera de la región. Y todavía tenía tiempo, nuestro poeta para rela-



cionarse a diario con personas normales de la calle en torno a una buena copa devino, y entre bromas y risas penetrar en el verdadero sentir de la gente, en sus preocupaciones y deseos.

En ese ambiente propicio para el sentir humano y lírico, nuestro poeta se encontraba más predispuesto a la creación poética, dentro de la influencia del mítico río Ana, el Guadiana, con el que mantiene una relación de amor lírico, propia de la fusión con su paisaje y sus raíces reencontradas: *"El poeta se ha acercado hasta palpar con las manos, acariciándolo, hasta tocar con los labios, besándolo, al Guadiana. También el poeta le ha hecho versos. (...) El poeta ha subido otra vez al puente y bajo, la azafrana-da luz, recita su poema. El poeta arruga entre sus manos un papel que acaba de escribir. Y lo tira al río"*.

Mérida va ganando poco a poco la extraordinaria sensibilidad de Jesús Delgado Valhondo, que deja a su alma mimetizarse con el espíritu de su ciudad natal:

"Plaza de Mérida"

*Se tiende en el ancho suelo
un amarillo son sin horas.
Sobre la tapa de la fuente
dedos de un alma melancólica.
Viento en la rama de los árboles
doran las musicales hojas
(Ha de venir a verme algún día
alguien que busca mi memoria).
Baja la tarde. Suben pájaros
hasta un grito de voz rota
del cielo último. Una pregunta
late en el alma de las cosas.
Sigo esperando mientras vivo
a alguien que historia de la historia
venga a conversar conmigo
en esta plaza, de mi pueblo, hermosa."*



El 2 de septiembre de 1.961 la Diputación de Badajoz le publica su primera antología. En 1.962, nace en Mérida "Arco", "la revista hablada emeritense", que recoge la inquietud cultural de la ciudad. Delgado Valhondo es uno de sus creadores y colaboradores habituales. La revista publica seis números y desaparece en mayo de 1.963 para dar paso a otra actividad literaria: Teatro leído que, por estas

fechas, lleva presentadas cuatro obras y dos soliloquios de Cocteau. A la vez, Delgado Valhondo se encuentra participando activamente en la organización del Cine-Club y las Juventudes Musicales.

No deja nuestro poeta su hiperactividad y, en diciembre de 1.962, participa en las actividades culturales del Liceo de Mérida, con una conferencia sobre el tema "El poeta y su mundo". Paralelamente, se encuentra organizando un proyecto suyo, con la colaboración del escritor pacense Antonio Zoido: La I Bienal de Pintura Extremeña, que resultó un acontecimiento cultural por su atractiva plasticidad, buena organización y resultados.

A la vez continua realizando una extraordinaria labor docente de auténtico maestro, no sólo profesional sino también humana. Esta afirmación se deduce de la opinión de sus alumnos de entonces que, hoy personas maduras, recuerdan con un cariño especial a su maestro D. Jesús, a pesar de haber pasado 30 años. Coinciden en afirmar que Jesús Delgado Valhondo era la bondad, el equilibrio, la calidez, la espontaneidad, la humanidad personificada: *"Un día un alumno de otro curso, jugando en el patio del colegio, tiró una piedra, entró por la ventana de nuestra clase y rompió el retrato de Cervantes que D. Jesús tenía colgado en la pared; se disgustó mucho, castigó al alumno (fue la única vez que lo vimos castigar a alguien, aunque le levantó el*



castigo enseguida) y, entre todo ayudamos a nuestro maestro que, con lágrimas en los ojos recomponía trocito a trocito el retrato que tanto le gustaba”, nos ha contado con deleite Antonio Gallego, alumno de nuestro poeta en aquella época.

En septiembre de 1.963 es publicado El secreto de los árboles, en el número 31 de la colección “Rocamador” de Palencia. Un año más tarde, cuando nuestro poeta se encuentra en el cénit de su creación poética, de su vida docente y personal, sufre un enorme dolor: el 31 de diciembre de 1.964, muere repentinamente de una embolia cerebral su esposa, fiel compañera desde los años difíciles de la Guerra Civil, de la vida apartada en Trevejo, Gata y Zarza de Alange; consuelo de su espíritu atormentado siempre por su quimérica búsqueda de respuestas existenciales; madre ejemplar;...nuestro poeta se encuentra desolado.

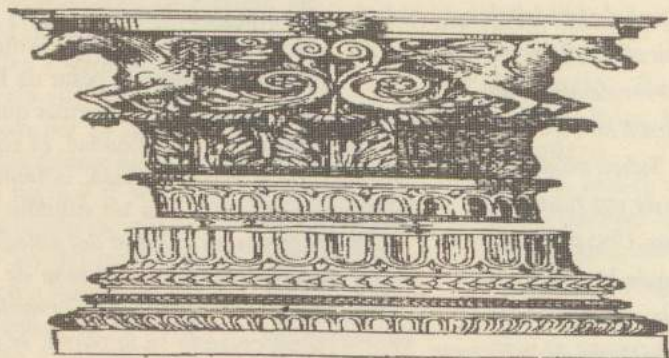
A pesar del triste momento por el que atraviesa, Delgado Valhondo todavía tiene sitio en su mente y en su corazón para preocuparse de los demás, de su entorno, del mundo: “Una vaca se adentró y Pablito fue a por ella (...) Cayó en un hoyo (...). Todo inútil. Pablito se

ahogó. El señor maestro, leyendo la noticia en el periódico y mirando el sitio vacío que había quedado el corpachón de Pablito, se puso a llorar como un niño”, cuenta nuestro hombre-poeta en uno de sus relatos, basado en un hecho real que nos narra con una sensibilidad extraordinaria tal y como lo sintió, sin necesidad de realizar ninguna elaboración literaria, pues su sentimiento sincero lo hacía escribir así, sin más y, sin embargo, tan sentidamente, tan humanamente.

En septiembre de 1.965, se traslada a Badajoz tratando de alejarse de los recuerdos que lo martirizaban y buscando un ambiente cultural más activo. No obstante, su espíritu nunca se fue de Mérida, y junto a con su cuerpo, desde el 23 de julio de 1.993, reposa para siempre junto con nosotros:

*“Cielo y tierra: Paisaje.
Mi corazón mendiga*

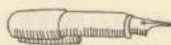
*el surco del otoño como grano de trigo,
quiero quedarme toda esta enorme fatiga
en el milagro hermoso de morirte
contigo”.*



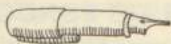
Premios



En este apartado queremos felicitar, nombrar a aquellos compañeros que, por ejemplo, van con un libro nuevo bajo el brazo, y tal que un premio en el bolsillo. Y ahora... ¿qué?. Y ahora que ya se ha publicado, después de muchos pasillos papeleos y demás. A ver ahora quién puede leer. Porque lo que parece más fácil puede resultar lo más difícil: que se pueda leer. En fin es una manera de dar nuestro aplauso por el esfuerzo realizado. (P.R.)

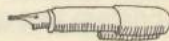


Luciano Feria, con su poemario "*Fábula del Terco*", fue galardonado con el premio Vicente Gaos de poesía en castellano, convocado por el Ayuntamiento de Valencia y dotado con un millón de pesetas. Tras seis años de elaboración, de "*Fábula del Terco*" tan sólo conocíamos algún poema suelto publicado en el suplemento "Extremadura" de la revista "EL Urogallo". Está prevista la publicación del libro -que ya esperamos con impaciencia- por los convocantes. En palabras de Luciano, el poemario "*se trata de una fábula en la que los personajes que simbolizan a la memoria construyen, de modo mítico, una ciudad*". (E.M.)

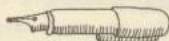


Como un "*traedor de tesoros culturales del alemán al español*", se declaró **Andrés Sánchez Pascual**, Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid, tras serle concedido el Premio Nacional de Traducción de 1.995 por el conjunto de su obra en este campo de

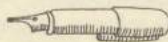
las letras. Su primer trabajo como traductor fue "*La filosofía de Nietzsche*", y el último hasta ahora es "*Sobre el dolor*", de Ernest Jünger. El trayecto entre ambos ha estado salpicado, no solamente de autores filosóficos, sino también de grandes literatos en lengua alemana como Thomas Mann o Elías Canetti. (E.M.)



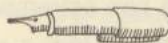
José Luis Mosquera Müller, cronista oficial de la ciudad de Mérida, arqueólogo de profesión y columnista del diario "Hoy", obtuvo el primer premio del certamen de narraciones breves convocado en San Vicente de Alcántara y dotado con 50.000.- pesetas y una obra de Javier Fernández de Molina. El relato premiado, "Diario íntimo de la decadencia", lo encontraréis publicado en las páginas de este boletín. (E.M.)



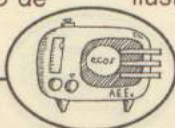
Antonio Román-Díez García, Premio Nacional del Ministerio de Educación y Ciencia, 1.994, Literatura, Poesía. (P.R.)



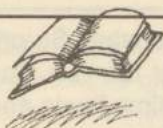
José Iglesias Benítez, Premio Garcilaso de la Vega de Poesía, fallado en Toledo y dotado con cien mil pesetas. (P.R.)



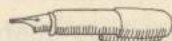
Un jurado compuesto por Ramón Salvo, editor, y Joan Brossa, figura legendaria en el terreno de la poesía experimental, acordó conceder el *Premi Internacional d'investigacions poètiques* al poema titulado *INTERROGATE*, de **Joaquín Gómez**, de Mérida, distinguiéndolo como el mejor de los 42 presentados. El poema ilustra la contraportada de este Boletín.



Libros

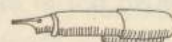


El pasado día 28 de febrero se presentó en el Aula de Cultura de la Caja de Extremadura en Cáceres, el último libro de **Álvaro Valverde**: "*Ensayando círculos*", publicado por Tusquets. Que sepamos, es la primera vez que un autor extremeño publica un poemario en la prestigiosa colección "Nuevos textos sagrados" y al lado de algunos de los mejores poetas de la lengua española de la segunda mitad de este siglo: Valente, Brines, Bousoño, Claudio Rodríguez... Con "*Ensayando círculos*" Alvaro prosigue el camino iniciado en "*Territorios*" y que no es otro que el diálogo con el lector a través de una poesía que se sustenta en el conocimiento.(E.M.)

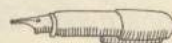


cultiva con similar acierto la poesía y el relato. Ha publicado también múltiples artículos en revistas y periódicos.(E.M.)

Tras la puesta en escena durante el pasado mes de octubre en Badajoz de "*La tuerta suerte de Perico Galápagos*", **Jorge Márquez** -uno de nuestros más valiosos dramaturgos- ve publicado su texto premiado por la Sociedad General de Autores en la colección de dicha entidad.(E.M.)

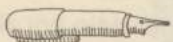


También en los "*Libros del Oeste*", publicaron sus últimos textos dos autores que llevaban en silencio un tiempo que a quien esto firma le parecía ya demasiado largo. **Agustín Villar** con "*Velar la vida y otros relatos*" rompió un silencio de seis años con un volumen de relatos cortos que nos reconcilia de nuevo con el placer de la lectura. **Gonzalo Hidalgo Bayal** después de su última novela, "*El cerco oblicuo*", nos propone una lectura atenta, de gran rigor, en torno a la figura de uno de los más heterodoxos y escasos escritores actuales. "*Camino de Jotán, (la razón narrativa de Ferlosio)*" es su título y como indica, sobre Ferlosio versa el texto.(E.M.)

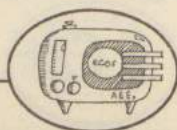


El libro **MAR DE FONDO**, de **María Trinidad Ródenas Alcón**, hace el número 37 de los Cuadernos Poéticos Kyllix. Cuidadosamente impreso en Artes Gráficas Tecnigraf de Badajoz. La joven autora pacense divide el libro en tres partes: Mar de sombras, Mar de huidas y Mar de retornos. Cuatro poemas en las dos primeras partes y dos en la última del

En la más reciente y más exquisita de las aventuras editoriales extremeñas, "*Los libros del Oeste*", **José Antonio Zambrano** nos da a conocer un puñado de versos bajo el título de "*Diario de los sitios*". Según el mismo autor nos advierte, son éstos poemas escritos durante 1.986/89. Reescritos y cercenados, los versos de **Zambrano** son de aquellos por los que el tiempo parece no pasar. A quien suscribe estas líneas es uno de los libros que más le han estremecido desde hace mucho tiempo.(E.M.)

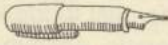


Con "*La moneda secreta*", **Jesús García Calderón**, flamante Fiscal Jefe de la Audiencia de Lugo, consiguió el accésit del premio de poesía "Angora", de próxima publicación. Jurista de profesión y escritor de vocación, **García Calderón**

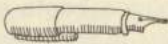


Elías Moro - Plácido Ramírez

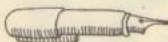
libro. María Trinidad es asidua colaboradora del diario Hoy en su sección poética *La Creación*; galardonada con el premio Oliva de Poesía de 1994. Un libro ameno, entrañable cuajado de metáforas tal que así: "y en un plagio de lunas callará/ mi garganta para abrigar la noche/ con un sabor añejo de constancias..." o en el poema *Danza corazón* cuando dice "...que traigan nuevas músicas/ a mi pecho de isla...", en fin, un libro para releer a menudo, que conviene tenerlo a mano y saborearlo despacio...sorbo a sorbo.(P.R.)



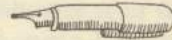
CÁNTICO ESPIRITUAL. Juan María Robles Febré. Vigésimo libro poético del autor. Desde aquel primer poema de las dos orillas (Ed. Ensayo, Madrid 1954) hasta este último libro que edita Menfis Editores. *Cántico Espiritual* constituye un viaje poético entre lo divino y lo humano, siempre por caminos de reflexión, intentado conseguir precisión verbal. El nombre del poeta Dios con que habla del Creador volcado hacia el hombre. Son dieciséis poemas para disfrutar, sin lugar a dudas, sentimiento a manos llenas. Enhorabuena, y gracias a Robles Febré que no ha de ser el último.(P.R.)



ANTOLOGÍA EXTREMEÑA. José Miguel Santiago Castelo. Número 10 de la colección Dávila de Ediciones Beturia. Abre el libro un magnífico estudio de Alejandro García Galán donde nos revela detalles de la vida y obra del poeta y periodista de Granja.(P.R.)



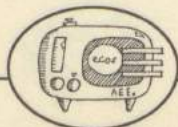
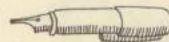
En la colección **Dávila** de Ediciones Beturia también han publicado autores como José Iglesias, José María Lorite, Asunción Delgado, Juan Carlos Rodríguez Búrdalo, Eva Morillo, Juan Calderón, Plácido Ramírez, José González Soto...Enhorabuena a la Asociación Cultural Beturia por el buen hacer y por la labor que realizan por la cultura extremeña desde Madrid. (P.R.)



ODAS DE RICARDO REIS. En una hermosa edición bilingüe, la colección *LA CRUZ DEL SUR* de Editorial Pre-Textos, publica una importante recopilación de las **ODAS** de **Ricardo Reis**, autor que, como casi todo el mundo sabe, no existió más que en la imaginación de uno de los poetas más importantes y desconocidos -al amenos hasta hace unos diez años- del presente siglo: **Fernando Pessoa**. Prácticamente toda la obra poética de Pessoa fue escrita por uno de los tres heterónimos que creó: Alberto Caeiro, Alvaro de Campos y Ricardo Reis. La odas escritas con su nombre son las que ahora Angel Campos -que ya había traducido otras obras de Pessoa y autores portugueses como Ramos Rosa, Eugenio de Andrade, Ruy Belo, Carlos de Oliveira o Al Berto, amén de de una antología donde se recoge lo mejor de la poesía lusa desde 1974, "Los nombres del mar", nos ofrece en una traducción que varios críticos ya han tildado de ejemplar, basándose en el respeto y la fidelidad al estilo y al sentido rítmico del verso. Éste es un libro para leer con el oído atento y con el alma en paz, donde la serenidad fluye por todas sus páginas como por un río tranquilo. (E.M.)



el espejo



DIEZ AÑOS DE POESÍA EN EXTREMADURA (1985-1994). Desde 1984, año en que se edita la antología **ABIERTO AL AIRE**, que prepararon Angel Campos y Alvaro Valverde y que tanta polvareda levantó, no nos habíamos topado con un estudio sobre poesía en (no de ni para) Extremadura, como éste del que damos noticia. Publicado por el Excmo. Ayuntamiento de Cáceres en la Colección de Poesía Ciudad de Cáceres, el artífice de este importante volumen es **Miguel Angel Lama**, profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la UEX y, sin duda alguna, (su experiencia crítica y lectora así lo pone de manifiesto) una de las voces más autorizadas para acometer una empresa de este calibre. En la extensa introducción hay un párrafo donde Lama confiesa su intención, o más bien su deseo, de que su trabajo no sea una "selección de las que provocan el abrir de carnes de poetas y críticos", sino una obra hecha al gusto (con cariño, con tesón por tanto) del antólogo. Como una "antología" define Miguel Angel Lama este trabajo, como un mapa desde el que trazar las rutas (los libros) que se deseen transitar, con la ventaja que supone hallar desbrozados algunos caminos, diáfanos los senderos y señalados los atajos. Después, una vez orientados, dejar el mapa de lado y perdernos a gusto en el bosque poético. (E.M.)

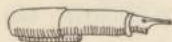
Revistas



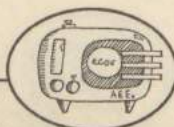
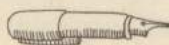
ESPACIO/ESPAÇO ESCRITO nº 11-12.

Tras el soberbio monográfico anterior dedicado a las figuras de José Saramago y Juan Goytisolo, esta entrega de Espacio/Espaço Escrito recupera el tono multidisciplinar al que nos tiene acostumbrados. Exceptuando la narrativa propiamente dicha, el presente número da cumplida cuenta de casi todos los campos de la creación: poesía, ensayo, música, cine, pintura, fotografía... Mención aparte merece el apartado que bajo el título de **POESÍA DE LA EVIDENCIA**, nos muestra una de las visiones más completas hasta la fecha de lo que se ha dado en llamar "poesía experimental". Impresa en las dos lenguas más difundidas de la península -español y portugués- la nómina de colaboradores y autores tratados es ejemplar: Ramos Rosa, Sánchez Robayna, Alberto Pimenta, Aníbal Núñez, Miguel Casado, José Bento, Fernando Castro Flórez, Manoel de Oliveira, José F. Ruiz Casanova, Miguel Labordeta, E.M. de Melo e Castro... La relación no es exhaustiva pero sí lo suficientemente esclarecedora. Como en los demás números publicados hasta el momento, lleva también su regalo: dos elegantes separatas con poemas originales y su traducción de Mario Henrique Leiria y Perfecto E. Cuadrado, respectivamente. Un número doble éste para atesorar y al que volver de cuando en cuando. Un lujo escaso en el panorama actual de las revistas de creación.

el espejo



Si **Roky viera este gato** es la última publicación de **Antonio Orihuela**, aparecida con el número 9 de la colección Ora Poética de la Diputación Provincial de Huelva.



LA RONDA DE NOCHE.



Elegante como aquellos camafeos que portaban sobre el pecho nuestras madres y abuelas, bajo la dirección de Julián Rodríguez, aparece en Cáceres en 1.995 esta hermosa revista. En sus escasas páginas -lo bueno, si breve, dos veces bueno- se dan la mano el rigor literario, la crítica rigurosa, el gusto por la tipografía, plumas prestigiosas... Tiene "La Ronda de Noche" un sabor antiguo, a cosa bien hecha que nos sabe a poco y ojalá no pierda. De su tercer número -recién aparecido- el suplemento "Babelia" da noticia bajo el siguiente epígrafe: "El exquisito esmero de una revista de poesía". Sobran más comentarios.(E.M.)

LA LUNA DE MÉRIDA.



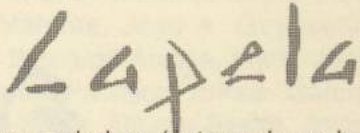
De formato cambiante, monográfica o multitudinaria, en la librería homónima sigue apareciendo esta revista ¡gratuita! gracias al empeño y esfuerzo de Ana Crespo y Marino González. Sin el último número aparecido hasta ahora estaba dedicado al mundo de la farándula y el teatro extremeño, visto por la experta y fotográfica mirada de Carlos Lencero - monográfico- o el multitudinario íntegramente dedicado al soneto "fecho al itálico modo". Hasta un número total de cien sonetos, se solicitan cinco por autor y todos los interesados pueden dirigirse a : La Luna de Mérida, C/ José Ramón Mérida, 24. 06800 - Mérida.(E.M.)

CAJA DE TRUENOS.



En Mérida, y a partir de una idea de Antonio Gómez, los miembros de la llamada "tertulia de Alcandoria", (Manuel Calderón, Rosa Lencero, Daniel Molina, Joaquín Górniz, etc...) están llevando a cabo un proyecto de poesía visual y objeto que ya va por su sexta entrega. Si las fuerzas no fallan, el siglo XXI es el horizonte al que llegar. El soporte es una caja de vídeo donde tienen cabida todo tipo de objetos (obviamente el volumen de los mismos es limitado por el continente), y en cada entrega participan 14 autores. La tirada es de 20 ejemplares que se distribuyen entre los autores de cada caja y el resto se dona a museos y bibliotecas interesadas. CAJA DE TRUENOS se llama el invento.(E.M.)

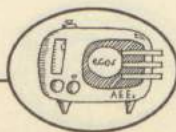
CAPELA.



En su nueva andadura (esta es la ya la tercera etapa) y dirigida como siempre por Bernardo Víctor Carande, salió a la calle el número 34/35 de la revista CAPELA, Boletín personal de un hombre que vive en el campo. Dedicada a los viajes, lleva el hermoso título de "Leguas por medio". Con una amplísima nómina de colaboradores y profusamente ilustrada, su lectura es una aventura altamente placentera. En sus últimas páginas y dirigido por Jesús García Calderón, nos encontramos el suplemento poético "El Cónsul" y dos encarte, "Los Pliegos Adversos", que en esta ocasión están dedicados a Antonio Cano Ortiz -"Diez décimas de fiebre y una rima"- y Elías Moro Cuéllar -"Siete olas y un brindis"-.(E.M.)



el espejo



V.O.

V.O.

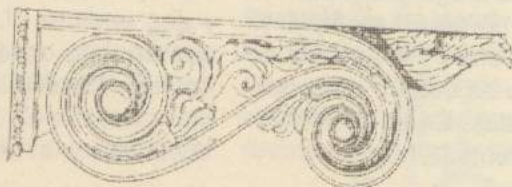
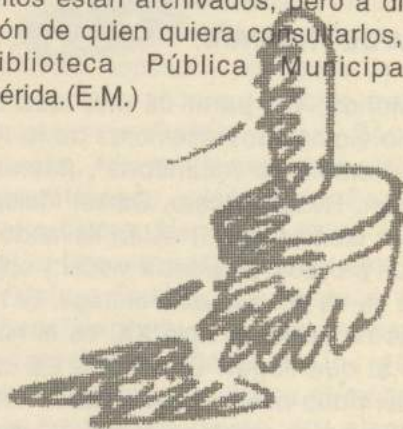
Revista de cine en Versión Original. Desde Cáceres nos llega esta revista, que como queda bien claro en el enunciado, está dirigida sobre todo a los cinéfilos y amantes del séptimo arte. Dirigida por Francisco Rebollo, se distribuye por suscripción y está abierta a colaboraciones. Mensual y de carácter monográfico, los temas que nos propone para el presente año son éstos: Periodismo en el cine, Cine en el agua, Persecuciones, Niños en el cine, Psicópatas, Deporte en el cine, Música y cine, Cine mitológico, Violencia en el cine y Cine mudo. Dirigirse a Revista V.O., Urb. La Mejostilla, C/ Rodríguez de Molina, 93, 10004 - Cáceres.(E.M.)

PÍNTALO DE VERDE

Como todos los proyectos ideados por Antonio Gómez (Hojas Parroquiales de Alcandoria, Arco Iris, el libro-objeto Pirámide, etc..) también éste tiene su sello personal, algo sugestivo y original que te atrapa al primer golpe de vista. Para empezar, esta revista son dos. Realizadas manualmente, con un esfuerzo solitario digno del mayor elogio, una de ellas reúne ya una importante colección de poemas manuscritos por sus autores que, sospecho en el futuro será una fuente de investigación sobre la poesía española de los últimos años. La otra revista recoge obra gráfica, visual y experimental, y en sus ya 95 números de existencia han colaborado artistas de todo el mundo. Bueno, quizá Sri Lanka, Bután o Mali todavía no. Pero todo llegará si Antonio se empeña. Los poemas manuscritos están archivados, pero a disposición de quien quiera consultarlos, en la Biblioteca Pública Municipal de Mérida.(E.M.)



el espejo



Actividades de la AEEEX

Durante los años 1995/96, la AEEEx; en colaboración con algunas de las más importantes instituciones públicas y privadas de Extremadura (Consejería de cultura, Diputaciones, Universidad, Centros de Enseñanza Secundaria, Asociación Cultural Extremeño-Alentejana, Sala Tragaluz, Caja de Extremadura, Parador de Zafra, MEIAC, etc...) ha venido desarrollando un ramillete de actividades que han revitalizado la vida cultural de la región. (E.M.)



AULA

ENRIQUE DÍEZ-CANEDO

B A D A J O Z

Dirección:

Angel Campos Pámpano

A la ya veterana "Aula Enrique Diaz Canedo", por donde en sus cuatro ediciones ha pasado lo más granado de la poesía española desde los años cincuenta, se le han sumado con entusiasmo y un formato similar en algunos casos, otras experiencias en distintos puntos de la región: las Aulas Juan Manuel Rozas y José María Valverde en Cáceres, Jesús Delgado Valhondo en Mérida y la recuperación del Seminario Humanístico en Zafra. (E.M.)



AULA

JUAN MANUEL ROZAS

C A C E R E S

Dirección:

*Departamento de Filología
Hispanica de la UEX*

A ojo de buen cubero, el rol de participantes contiene nombres como Luis Landero, Valente, José A. Goytisoló, Justo Vila, Bernardo Atxaga, María José Flores, Manuel Pacheco, Brines, García Martín, Ada Salas, Alfonso Sastre, Jorge Márquez, Ana Rosetti, Villena, Miguel Murillo, Andrés Trapiello...(E.M.)



el espejo



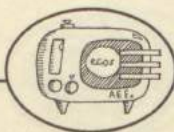
AULA

JESÚS DELGADO VALHONDO

M É R I D A

Dirección:

*Antonio Gómez
Eliás Moro*





AULA
JOSÉ MARA VALVER-
DE

C C E R E S

Dirección:
Teófilo González Porras



En los salones del Hotel Zurbarán de Badajoz, coordinado por Angel Campos y Germán Grau, tuvo lugar durante el pasado mes de mayo el ciclo de conferencias "**Narrado em português**". Dicho ciclo contó con la participación de Perfecto E. Cuadrado, Lidia Jorge y José Saramago, que nos mostraron una paronámica de la literatura portuguesa contemporánea. (E.M.)



Aparte del público en general que asiste a las lecturas vespertinas, los grandes beneficiados de esta actividad son los alumnos de los diferentes Centros de Enseñanza Secundaria de las citadas ciudades, al gozar de la oportunidad de enfrentarse al autor y su obra, cara a cara, en un juego enriquecedor para las dos partes. (E.M.)

En colaboración con la sala Tragaluz de Badajoz, la AEEEx organizó durante la pasada primavera, dentro de los llamados "**Domingos de poesía**", un encuentro con poetas extremeños. Santiago Corchete, Juan María Robles Febré, Rosa Lencero, Elías Moro, Santos Domínguez y Carlos Medrano fueron los participantes. (E.M.)

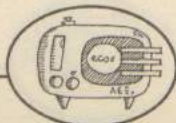


Durante el pasado mes de julio, la Fundación Rafael Alberti, organizó en su sede de El Puerto de Santa María unas jornadas que bajo el nombre Genérico de **ENCUENTROS CON LA POESÍA II**, contaron con un apartado específico dedicado a la poesía en Extremadura: **NUESTRAS PROPIAS VOCES: ENCUENTROS DE POETAS EXTREMEÑOS**. Con la presencia de Félix Grande, José Miguel Santiago Castelo, Alvaro Valverde, Antonio Gómez y Angel Campos (éstos tres últimos fueron presentados por el profesor Miguel Angel



SEMINARIO
HUMANÍSTICO
Z A F R A

Dirección:
Luciano Feria



Eliás Moro - Plácido Ramírez

Lama bajo los títulos de "*La memoria del viajero*", "*Lo experimental en lo poético*" y "*Materia del olvido*", respectivamente), el quehacer poético que se realiza desde esta parte del mapa fue dignamente representado. Víctor García de la Concha, miembro de la Real Academia Española, como colaboración a dicho encuentro, presentó un trabajo titulado "Poesía en Extremadura".(E.M.)



El pasado 24 de febrero de 1996, la AEEEx celebró su asamblea anual de socios en el MEIAC de Badajoz. Entre los asuntos tratados, se dio cuenta a los asistentes de la marcha de las diferentes "Aulas" que se vienen celebrando en Cáceres, Badajoz y Mérida, y se aprobó la creación y puesta en marcha con carácter inmediato, del Seminario Humanístico en Zafra con la misma estructura de funcionamiento de las citadas "Aulas". Se acordó también sumarse a la iniciativa de Fernando Beltrán, director de la revista "El hombre de la calle", de promover la recogida de libros de las diferentes instituciones públicas, privadas o de particulares, para ayudar a reconstruir los fondos de la destruida Biblioteca de Sarajevo. Todos aquellos interesados en colaborar con esta idea, pueden enviar sus libros a la I.C. El Brocense (Paseo de San Francisco S/N, Cáceres), indicando en el envío "Libros para Sarajevo". Otro de los temas tratados fue la posibilidad de integración en la Asociación Nacional de Escritores Españoles. De llevarse a cabo, la AEEEx seguiría contando con su nivel de autonomía, pero contaría con la ayuda legal de la ANEE en materias como derechos de autor, publicaciones y otros. Se acordó

también actualizar la cuota anual hasta las 3.000 pesetas y proseguir las negociaciones con las Consejería de Cultura para conseguir una sede permanente. Finalmente se aprobó el desarrollo de este VII Congreso que estamos celebrando y la creación de este Boletín que tenéis entre las manos.(E.M.)



No quisiera acabar estas líneas sin felicitar a aquellos de nuestros asociados que por distintos motivos han pasado a desempeñar cargos de gestión cultural en diferentes instituciones de la nuestra región:

Francisco Muñoz Ramírez, anterior Director del Servicio de Publicaciones de la Diputación de Badajoz, fue nombrado Consejero de Cultura y Patrimonio de la Junta de Extremadura.

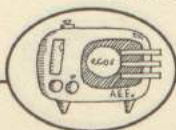
Fernando Tomás Pérez González, catedrático de Filosofía y anterior secretario de esta Asociación, está en estos momentos dirigiendo los destinos de la Editora Regional.

Julio Cienfuegos y Antonio Zoido, jurista y crítico de arte, respectivamente, fueron designados académicos de la Real Academia de las Artes y las Letras de Extremadura.

Y, en fin, a todos aquellos que por desconocimiento u omisión involuntaria no cito, sin que ello suponga ningún demérito para nadie. Para evitar en el futuro este desconocimiento, os rogamos nos hagáis llegar todas aquellas noticias que consideréis de interés para todos los



el espejo



socios con el fin de incluirlas en este Boletín.(E.M.)

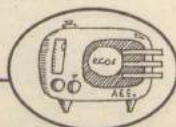


Quien esto suscribe, seguro de contar con el sentir de muchos de vosotros, quiere tener un emocionado recuerdo ante la desaparición de **Fernando Assis Pacheco**, un gran escritor portugués, amigo y colaborador de esta Asociación, fallecido en Lisboa en diciembre de 1995. Descanse en paz.(E.M.)



el espejo

AEX



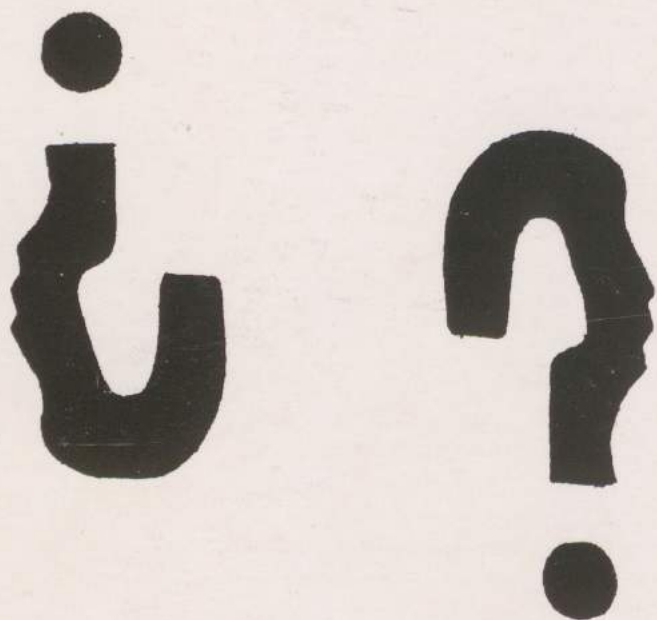
VII
CONGRESO DE
ESCRITORES
EXTREMEÑOS



*Géneros literarios en
Extremadura: resultados y
perspectivas*

Plasencia, 19 y 20 de Abril

1996



Interrógate de JOAQUÍN GÓMEZ